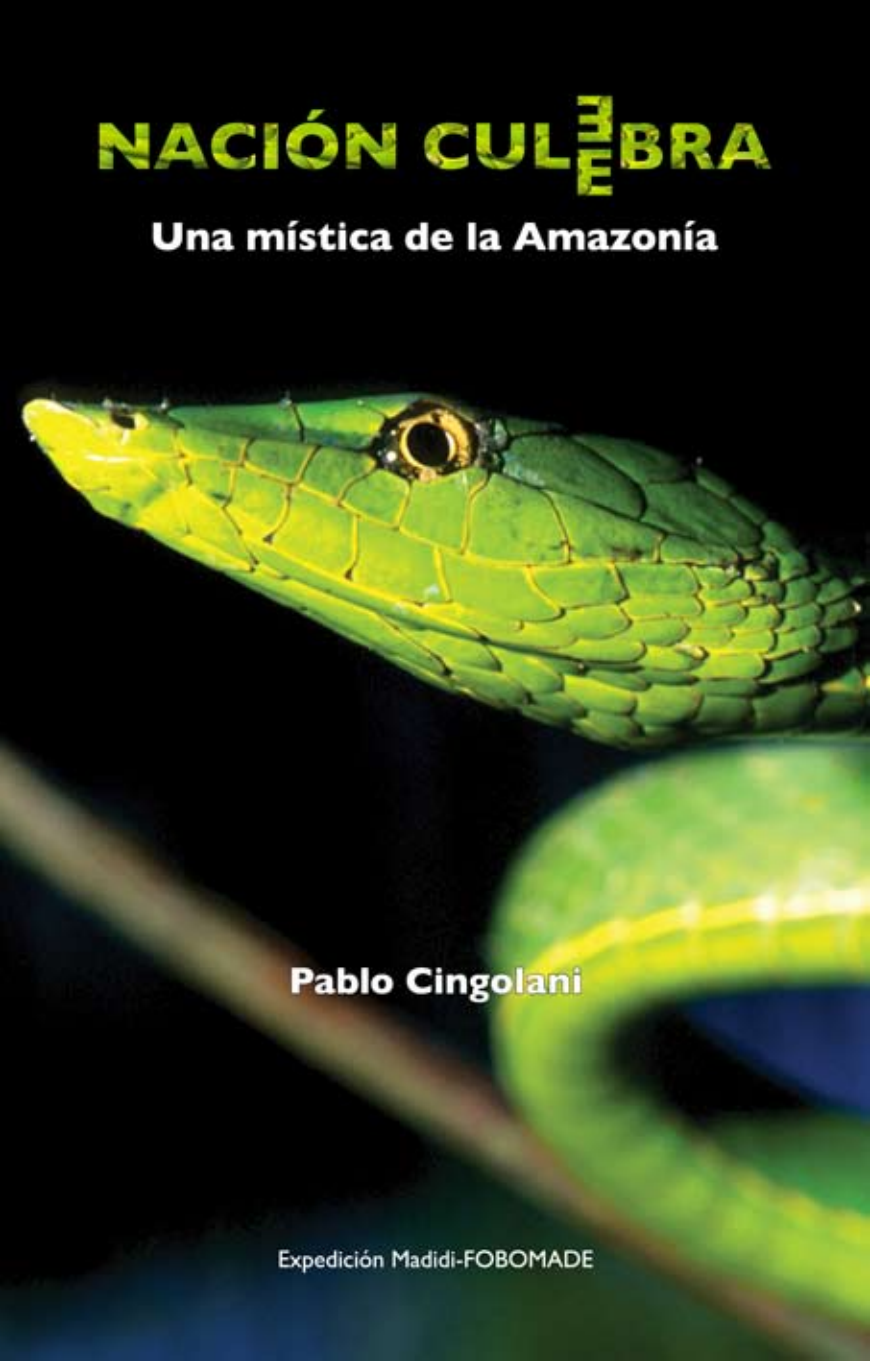


NACIÓN CULÉBRA

Una mística de la Amazonía



Pablo Cingolani

Expedición Madidi-FOBOMADE

Nación Culebra

Nación Culebra

Pablo Cingolani

Expedición Madidi-FOBOMADE

Con el apoyo de Rainforest Foundation Noruega

Foro Boliviano sobre Medio Ambiente y Desarrollo
Calle Colon 161 Edificio Barrosquira Piso 10
Teléfonos (591-2) 2315058 y 2315059
Correo electrónico: fobomade@fobomade.org.bo
www.fobomade.org.bo

Foto de tapa: Pere Comas
Diseño de tapa: Alfonso Valcarce P.
Diseño y diagramación: Marco Alberto Guerra M.

© Pablo Cingolani, 2012
© FOBOMADE, 2012

Primera edición: abril, 2012

D.L.: 4-1-1304-12
ISBN: 978-99954-814-1-4

Impresión
Editorial Zeus
Calle Almirante Graun N° 739
Teléfono (591-2) 2493435

Impreso en Bolivia



Fawcett 1914.

Savages who had never seen a white civilized man.

Septiembre 25. Subí el río hasta San Antonio y allí encontré a diez y nueve indios *araonas* que moran en el [río] Madre de Dios, al norte y al oeste de San Antonio. Estos indios no se agujerean ni la nariz ni las orejas. De estatura pequeña, de contornos feos, cualquiera los tomaría por caníbales. Tres años antes, el doctor Vaca, propietario de San Antonio, había comprado un muchacho de esta tribu, quien al presente habla fácilmente el castellano y nos sirvió de intérprete.

Haciendo éste el oficio de tal, nos hicieron saber, que ellos consideraban la bajada del [río] Beni como punto menos que imposible, siendo la respuesta que ellos dieron al doctor Vaca: ¿cómo piensa usted en semejante cosa, cuando nosotros, que somos hombres, no la podemos?

“¿Por qué es que ustedes son hombres y yo no lo soy?” –replicó el doctor– “Porque nosotros vemos que ustedes no tienen más que una mujer, cuando el más *incapaz* de nuestra tribu tiene al menos cuatro”.

Edwin Heath: *Exploración del Río Beni en 1880-81*

Índice

Prólogo 11

Palabras previas 17

Nación Culebra

Nación Culebra: ¿epitafio o epifanía?..... 23

El puente 53

En Marcha

Los peces..... 65

Cazador 67

La solución final 71

Belisario 75

El destino 81

Oscar, cazador americano 85

Cinco millones de años 91

Nacer Araona 93

Todo por los tapires

La luna sobre el Bahuaja Sonene	101
Anaconda	103
Vivir mojado	105
San Darwin.....	107
Nanawa	109
Puerto Copacabana.....	111
Ayahuasqueando	113
El Sena	115
Humo.....	117
Fredy	119
Amanda Huaita	121
Cómo los conocí (un eterno borrador porque la historia de una amistad es muy difícil de escribir)....	123
Post Scriptum.....	127

República Toromona

Introducción polenta	133
Noticias secretas de la Amazonía.....	145
La guerra cruel.....	151
Guamán Poma traza su mapa.....	155
Lars Hafskjold.....	161
Moby Dick en el Tambopata.....	163
Canción de Haisaoji o la ballena Ese Ejja	169
Post Scriptum.....	175

Nación Culebra revisitada

Nación Culebra	179
----------------------	-----

Prólogo

¿QUE HORMA TIENE? NINGUNA, VOY DESCALZO

Pablo Cingolani habla de la Amazonía y su selva con una precisión cruel y, a la vez, amorosa. No gana distancia, ha decretado su pertenencia a ese minúsculo grupo humano de tribus, nómadas, perseguidos, diezmados y...poetas.

Desde hace más de una década no quiere hacer otra cosa, quizá porque sabe que el miedo es la emoción humana más fuerte y lo único que puede ayudar a detener su progresión en la Amazonía boliviana (peruana, colombiana, brasileña) es hacer que su mensaje se escuche, resistir el status-quo, luchar, fundar el nuevo evangelio de la solidaridad. Es imposible no hacerlo por una razón: hasta entonces Pablo fue parte del sistema, de cierta industria de creación -o articulación- de consenso, entonces, nadie lo ignora.

Muchos no podrían rehacer con exactitud el mensaje que desde hace 10 años transmite y hasta les parece veleidoso verlo pasearse con un tsimane⁷, lograr la construcción de hospitales y escuelas en lugares remotos de la selva, leer sus relatos que te hacen celebrar la detonación de un puente

o penetrar en ese recorrido biológico en el que nos dispara a quemarropa: *casi todo es dolor, para que me ampare el conjurarlo*, cuando nos presenta a Juvenal y Augusto, sus hermanos de Sandía, Perú.

Esta comparecencia honesta y verdadera ante el tribunal de la razón, lo convierte en un ser aparte: Pablo cree que esta sociedad podría mejorar gracias a la inteligencia y a la voluntad humana. Porque, ¿cómo destruir lo que da vida?

La minuciosa descripción de las penurias en todo el ámbito del Amazonas se cifra como información socio-política y antropológica para especialistas, y en esto Pablo tiene razón, el capitalismo como sistema de apropiación y acumulación, ha fragmentado pueblos y etnias enteras, encubriendo sus acciones de tortura y extracción como “hacer patria” o “crear desarrollo”, que no existe una referencia clara para asimilar la maldición del *descubrimiento*: ¿el número de muertes, el sadismo en la persecución, captura y esclavización, el ultraje, seccionamiento y humillación, la degradación y dominio basados en el poder de desaparecer, el matonaje?

La empresa capitalista floreció (y florece) en base a una cruda ignorancia, pues, muchos conocen la selva en fotografías de empresas de entretenimiento, en filmes de estéticas tan poderosas que casi *crean* la realidad, en las *heroicas* bitácoras de los *exploradores*, o en todos los sub-productos de esta base y se engañan al creer que el espectáculo lo es todo. Dentro, una rígida red de dependencias y relacionamiento sostienen el medio ambiente en su única y rara condición original. Y el hombre no *viola* este acuerdo tácito, sino, juega su rol.

Las formas de desarrollismo estatal, que buscan aparecer proteccionistas y convencidas, son un ariete de, aún, peores consecuencias. Sus determinaciones expansivas para la población y la *presencia* estatal en la selva, justificaron legalmente atroces retrocesos que diezmaron población y

ecosistemas vivos (piensen en la determinación brasileña de los 70 de cruzar el estado amazónico de Rondônia, o —actualmente— en la persistencia siniestra e infantil del gobierno boliviano de atravesar el Parque Isiboro Sécore, área protegida). No sólo se destruye lo que se avasalla, sino, nuevas especies y actividades recién llegadas, degradan los intercambios y el equilibrio del sistema, provocando la destrucción de un cosmos, el cosmos que soporta nuestra forma de vida.

Nadie escuchó antes a Ino Moxo, el chamán Amawaka, que abre la fantástica y desoladora crónica de Nación Culebra.

Y por sólo esta dolorosa constatación de alguien que quisiera nacionalizarse culebra o piedra de quebrada, la búsqueda de Pablo Cingolani, permite discrepar de nuestra historia humana, de la identidad históricamente mantenida en base a la prótesis del desarrollo. Y, hay algunos como yo que le creemos, nos damos un empacho con la ritualidad que nos propone, a medio camino entre la razón y la revelación, entre la emoción del descubrir lo que estaba oculto y el impulso de esconderlo para no desatar la carrera desquiciada por su *posesión y dominio*.

Es una situación desafiante, porque propone una nueva ritualización en la percepción del ecosistema amazónico y digo ritualización, pues, quiere instituir nuevos códigos que maniobren entre las constataciones de la modernidad y el saber natural de los pobladores amazónicos, buscando un punto de fuga que, posiblemente, acabe siendo una política de estado, aunque es más probable que como convencimiento o certeza de una necesidad, actúe mejor. Pablo plantea una nueva lucha.

No va por el poder, menos por el control. La lucha es por dejar ser, crecer y permanecer.

Este propósito nos hace ver armas diferentes. Ahí están Juvenal y Augusto, que decodifican automáticamente el lenguaje de la selva —sus mensajes— y reciben informes com-

plejos de la población de monos ó la lluvia, siempre –por cierto– infalibles.

Seres naturales y seres sociales

Los indígenas hoy en Bolivia, son los objetos del dirigente estatal: el crea sus opiniones y hay una larga correría de asuntos que asume pendientes en la historia *colonial*. Toma por ello, el papel del cobrador –algo que la cultura popular convertirá con diversos matices, en la imagen del vengador– el que busca restituir el orden primigenio.

Bueno, ¿cuál de todos? Alberto Núñez Vela, por ejemplo¹, conjetura la hipótesis de que la cultura tihuanacota puede haberse originado en la Amazonía después de una gigantesca migración moxeña (sí, de los llanos del Moxos en el Beni) ocasionada por un periodo muy largo de inestabilidad climática que inundó la meticulosa construcción de canales, terraplenes, islas y lagunas en el Beni, en algo más de 50.000 kilómetros cuadrados, antes, zona sedentaria y de cultivo.

¿Muestras?: Los camellones, *sukakollos* en aimara o *waru-waru* en quechua, que persisten en toda el área colindante al lago Titicaca y que aparecen idénticos a los de Moxos, que Núñez Vela lo prueba, son más antiguos.

Y esta no es una corazonada, el dato permanece en los restos de ambas culturas, en el ADN mitocondrial de sus habitantes, que ofrece prueba irrefutable: la primera migración a tierra sudamericana pudo haberse dado hace unos 15.000 años, fue comandada por un grupo paleoindio que cruzó el istmo de Panamá y se desplazó hacia el sur. Un grupo

1 Julio Alberto Núñez Vela Ramos, *Origen amazónico de Tihuanacu*, en Brecha, revista digital de la Universidad Autónoma del Beni. Trinidad, número 3, enero 2012.

descendió por el altiplano hasta el Atacama y el Chaco y otro, se desplazó a la Amazonía. Sucede que los pobladores de Tihuanacu tienen el mismo ADN mitocondrial que los migrantes amazónicos. Son un mismo haplogrupo.

Los haplogrupos descritos, además, albergan características culturales y étnicas particulares.

Aquí tienen que caminar de la mano las constataciones más precisas que dispone la ciencia, con un conjunto de creencias basado en los datos que repiten desde hace siquiera dos siglos, basados en la opinión de los primeros exploradores de la meseta andina boliviana. Para el cobrador: los migrantes paleoindios son principalmente tribus de la Siberia, la asiática.

Esta raíz única de las poblaciones del mundo, sufrió en los miles de años transcurridos muchos cambios, acelerados por los asentamientos, las actividades que ocasionaron y una relación -muchos quieren hoy ritual y hasta mágica- con los elementos de la naturaleza, animales, peces, plantas. Ríos, selva, montañas. Cambiaron mucho, pero algunas características se prueban inmutables.

¿Qué esencia haría únicos algunos pobladores respecto de otros? O, expresado políticamente, que privilegios les serán reconocidos a unos y no a otros. De hecho, ¿es la democracia, demacrada e insuficiente, la única fuente de la legitimidad, ante el panorama del desastre? ¿Homocéntricos?, ¿geocéntricos?

Necesitamos un nuevo mediador entre el mundo físico y lo inteligible, o quizá un viejo mediador renovado. Me parece que esta es la apuesta última de Pablo, instituir una nueva forma de humanidad que condense el cosmos en un nuevo mito, el de la soledad elegida, el no-contacto, una especie de redención de la pureza.

Este es un camino singular para el poeta Cingolani que estremece, como Heraud, con su poesía y su prosa, haciendo

desaparecer las costuras entre lo real y el deber-ser de la conservación. Buscando crear la nueva forma.

Estar, ser, permanecer

El mensaje de Pablo Cingolani en su decepción que por un antojo de su espíritu, libre y hermanado con el hombre y el suelo, convirtió en literatura: una nueva humanidad es posible.

No exige lectores en busca de placer, que lo hay, pero no. Quiere enamorarnos de un sueño que escalado al futuro, guarda las claves de la sobrevivencia no sólo de los aptos, sino –y sobre todo– de los que no pueden, de los diezmados, los que abrieron las arcas de su saber al forastero, sin siquiera suponer que anticipaban su muerte.

De esta visión nos habla, nos susurra, La Nación Culebra, una humilde redención a la sabiduría de nuestros ancestros. Una fórmula para resistir. Es nuestro deber, por supuesto, idear el plan para vencer.

Alfonso Valcarce
Santa Cruz de la Sierra,
febrero de 2012

Palabras previas

Este es un libro íntimo. Y como tal, puede que albergue alguna virtud, pero sobre todo contiene vicios: los míos. Reúne un conjunto de textos que fui escribiendo en los últimos diez años y que abordan y rondan literariamente a la Amazonía. Lo hago público porque creo que, a estas alturas de una realidad que no escatimará esfuerzos en destruir todo lo que pueda a la biosfera y a las culturas nativas de la selva, la batalla también hay que darla en el plano simbólico, sentimental, místico, mágico, poético. Se escribe mucho sobre la Amazonía, pero se siente poco.

Pedí a mi amigo y comunicador Alfonso Valcarce que escriba el prólogo de esta obra, por dos motivos: uno, porque su mirada siempre la sentí despojada de otros compromisos que no fueran sus convicciones más suyas, y dos, porque con él –y con su padre, al que encontramos en San Buenaventura– visité por primera vez la región amazónica (Don Alfonso –al que dediqué mi texto *Hace muchos años, la selva en mi Amazonía Blues*– es una historia aparte, pero baste decir que en los años 70 del siglo pasado, construyó un barco que surcaba las aguas del río Beni. La nave fue bautizada paradigmáticamente como Venus)

Era el año 1990. Fuimos con Alfonso a producir una secuencia para un documental en video que dirigió Antonio Eguino. La película estaba destinada a promover el turismo en Bolivia. Por caminos polvorientos, Alfonso manejó con destreza una vagoneta hasta Rurrenabaque, frente a “San Buena”: allí alquilamos unos botes y nos fuimos río Beni arriba hasta el angosto del Bala. El paisaje es sobrecogedor: el río, uno de los más caudalosos del país, serpentea entre dos moles de piedra, entre dos montañas, las últimas estribaciones de los Andes, que caen a pico hasta la corriente tumultuosa. Cruzar el estrecho paso es siempre emocionante y de acuerdo al humor de las aguas, la experiencia puede volverse estremecedora. Dejando atrás el angosto, hay una playa de arena. Recuerdo que era hermosísima, ya que además atardecía y la luz volvía todo de ámbar. Allí desembarcamos y grabamos algunas escenas en video.

Cuando cesó nuestro trabajo, me puse a caminar por ahí y, hacia el oeste y a la distancia, divisé una columna de humo que trepaba por la serranía. Cuando le pregunté al guía que era eso, me respondió –como si hablara de botellas rotas, de clavos oxidados, de algo inservible: “son los chamas”. Chama es la expresión despectiva y humillante con la cual los mestizos y los blancos maltratan a los Ese Ejjas, un pueblo indígena de la Amazonía Sur. Chama significa “no son nadie” o “no hay nada” y ellos se resienten cuando se los llama así. Pero más allá de estas agresiones, lo que te atraía de la circunstancia que estoy relatando era que, en esos tiempos, los Ese Ejjas de ese sector del río Beni vivían en la selva, relativamente alejados de los centros poblados y aislados de perturbaciones, y supongo que felices con su río y con su bosque.

Hoy, esos mismos Ese Ejjas y sus hijos se pudren y se sienten como encarcelados en un sitio llamado Eyiyuquibo, localizado a 5 kilómetros de San Buenaventura, a dónde

fueron llevados por un misionero extranjero. En Eyiyokuibo, carecen de territorio de caza (son apenas 10 hectáreas las que disponen) y lo único que los consuela es que tienen acceso al río. El pescado que extraen de sus aguas, lo cambian o lo mal venden en las poblaciones referidas. Muchos se emborrachan con las monedas que mendigan.

El 2009, me reuní con ellos, cuando, a raíz del reinicio de la exploración petrolera en la Amazonía, fuimos a alertarlos que hasta su poco de río podía contaminarse y morir. Allí conocí a Apolinar, y esa vez le brillaban los ojos. Lo único que deseaban era salirse de allí, volver al monte, ser libres de nuevo.

Volví otra vez el año pasado, y la situación no seguía igual, estaba peor: hay más gente que se enferma, se advierte alguna diferenciación social, hay más celulares. El municipio les había hecho llegar la luz eléctrica para que la agonía de su identidad sea bien visible. Cuando arribamos, Apolinar no estaba. Después llegó, manejando una motocicleta. Sus ojos, ya no brillaban. Me dijo: “desde que ustedes se fueron, no ha venido más nadie”.

La batalla planteada es también ética y de principios, y alguien dijo que en circunstancias así, si actúas como el enemigo, eres el enemigo. Nación Culebra reúne algunos textos que ya se divulgaron por internet y rescata otros del olvido al cual los había condenado. Tal vez sea un ejercicio fútil. Pero uno tampoco puede quedarse en casa, cuando pasa el cortejo de los derrotados.

Pablo Cingolani
Río Abajo, febrero de 2012

Nación Culebra

Nación Culebra: ¿epitafio o epifanía?

Notas muy urgentes sobre la Amazonía y la literatura²

“Ximú sabía icarar [volver invisible] a sus guerreros para que los dañinos, los caucheros, no los vieran. Se hacían nada. A mí de jovencito, trece años tenía, también así me icaró. Y así sobreviví. Los caucheros pasaban a mi lado sin notarme, buscándome con sus carabinas por el bosque. Y nada. No había nadie en mi lugar. Yo me reía de ellos, callado me reía de sus balas que me rastreaban por el aire. Hasta recuerdo la crueldad de Fitzcarrald y de sus mercenarios. Y de sólo pensar que aquellos genocidas eran hombres, hasta hoy, por momentos, me dan ganas de nacionalizarme culebra, o palo-sangre, o piedra de quebrada, cualquier cosa...”

Ino Moxo, chamán amawaka

a Walter Chávez

2 Este trabajo fue escrito para ser presentado en el IV Encuentro Internacional de Literatura, Puerto Mediterráneo del Libro, Ibiza-España, marzo de 2011. Quiero agradecer por sus lecturas y sugerencias en torno al mismo a los escritores Elina Malamud (Argentina) y Fernando Mayorga (Bolivia)

Indio, selva y río: eso es la Amazonía.

Indio, selva y río: eso define la esencia, la médula y los contornos de la Amazonía. Sin indios, sin selvas y sin ríos es imposible hablar de la Amazonía. El indio es el alma, el corazón de la Amazonía; la selva es su piel, los ríos son las venas fecundas por donde circula la vida, su vida. Cuando desaparezca el último indio, cuando arrasen la última selva, cuando contaminen el último río, ya no habrá más Amazonía. La agonía que hoy padece, acabará.

La Amazonía habrá muerto y todo terminará siendo un recuerdo, acaso literatura.

* * *

Sepan disculpar lo tajante. Lo abrupto y lo áspero de mis palabras. Hace más de dos décadas, conocí la Amazonía. Desde hace más de diez años, cada día de mi vida, estoy haciendo alguna cosa para evitar que la floresta no sea más devastada, que los ríos sigan sanos, que mis hermanos los indios, que nuestros hermanos los indios, no mueran por la violencia o porque les roban el alma o la tierra que, en el fondo, es lo mismo.

Lo hice caminando lo profundo del bosque, navegando los ríos bravos y tiernos a la vez: sobre todo compartiendo noches y noches de confesiones y relatos contados a la luz de una hoguera, en la inmensidad de los montes, espíados por los tigres, escuchando chapotear a los tapires y una sinfonía de batracios e insectos, deleitándonos con un bolo de coca, un trago, con mis compañeros indios que no se olvidan y que cuentan y cuentan las historias de la selva, sus historias de la selva.

Debería decir, debería afirmar, sin más preámbulos, que esa es la auténtica, la más honda y genuina relación que

podemos establecer entre la selva más vasta del planeta y la literatura.

Estoy hablando de la literatura oral de la Amazonía (“o de la selva, su literatura” en la feliz expresión del poeta peruano Gonzalo Espino Reluce, profesor de la Universidad Mayor de San Marcos), estoy hablando de lo que un autor más conocido, el antropólogo y escritor argentino Adolfo Colombres definió como literatura oral, donde según él, “se encuentra acaso la mayor fuerza expresiva de la cultura popular”.³

Eso es lo que sucede en la selva, entre el momento en que cae el sol y las primeras horas de la noche, el fin de jornada de cualquier labor, toda faena, cuando los hombres, cualquier hombre como diría el gran Carlos Drummond de Andrade, se juntan y como compañeros comparten alguna vianda y algún estimulante “de sobremesa” (aunque no la haya, desde ya): ese es el momento privilegiado donde la selva se apacigua para los humanos y comienza a volverse narración, una narración donde, molecularmente, con ardor apasionado, mito y realidad se funden.

Entonces, “el que sabe contar” –“sabedores” también les dicen en la Amazonía colombiana; “decidores” y “habladores” en la selva del Perú-, empiezan eso, a contar y la selva, la selva que está llena de miles, de cientos de miles de animales y vegetales, se puebla, se fue poblando, de miles, de cientos de miles de voces, personajes, lugares, situaciones, memorias: se llena de la materia prima de la literatura, ya sea oral o escrita. Esos relatos son el corpus aún no escrito de la literatura amazónica. O mejor dicho: son el corpus de una literatura que apenas hoy, está empezando a ser reconocida, transcrita, compilada, difundida.

3 Tomado de www.lacult.org/.../oralidad_09_15-21-oralidad-y-literatura-oral.pdf

Esos relatos atesoran un espesor histórico-discursivo que brindan una imagen distanciada de la Amazonía, tal y cual los siglos de colonialismo e imposición cultural la fueron construyendo, tal y cual la fueron escribiendo.

Creo que alcanza para entender de cual Amazonía hablamos, la lectura de un extracto de un libro que abrió huella, al menos en la Amazonía andina. Su título lo dice todo: *Los condenados de la selva*⁴ y su autoría corresponde al antropólogo y activista peruano Roger Rumrill. Dice de esa Amazonía:

“Una vegetación exuberante, producto de una naturaleza pródiga y milagrosa, una naturaleza que despierta todas las ilusiones de abundancia rápida y fácil y que infunde todos los temores por su resistencia a la acción del hombre, por su obstinación en recuperar y recubrir el esfuerzo humano. Una fauna exótica y de lo más diversa, bella y feroz a la vez, con pececitos multicolores, monitos preciosos y pieles valiosas, junto con sus tragonas pirañas, acechantes reptiles e invisibles felinos. Unos indios salvajes y repulsivos, reducidos de cabezas y raptos de blancas mujeres y de blancos niños, cultores de alucinógenos y de divinidades extrañas, hábiles artesanos e hipócritas practicantes de ritos inmorales, sombras que atacan a traición y desaparecen en medio del bosque y de la fauna; haraganes y borrachos peones de fundos y trochas. Unos pioneros como superhombres luchando para arrancar la riqueza guardada por la naturaleza y los primitivos; la mayoría forjando pequeñas islas agrícolas en permanente combate contra los elementos, los bichos y las fieras; los menos construyendo grandes imperios de riqueza, fabulosos negocios, demostrando que en esas tierras vírgenes los más capaces pueden edificar con su

4 Es obvio que el título alude a *Los condenados de la tierra*, del argelino Fanon.

sacrificio y su genio fortunas verdaderamente míticas. Existe una visión tradicional de la selva que poco o nada tiene que ver con la realidad y que ha estado alimentando por decenios y siglos la imaginación de niños y adultos.

El capitalismo (y anteriormente el colonialismo) es el autor de esa imagen deformada que se tiene todavía de la Amazonía. Porque el capitalismo no lograba asentar su modo de producción permanente en medio de la jungla, la inventó impenetrable y peligrosa. Porque el capitalismo necesitaba lanzar su vanguardia en la búsqueda de materias primas inexistentes en otros partes fuera de la selva, la pintó repleta de riquezas legendarias. Porque el capitalismo requería abaratar el costo de sus materias primas robando y explotando a los pobladores de la Amazonía, justificó la masacre sistemática de los nativos adjudicándoles los peores vicios y las más insoportables crueldades y aberraciones. Porque el capitalismo urgía encontrar algo con qué distraer la creciente rebeldía de los más desheredados, los campesinos sin tierra y los desocupados de las barriadas urbanas, lucubró un oriente de promisión y de felicidad edénica. El capitalismo creó una Amazonía a imagen y semejanza de sus propias taras, mentiras y frustraciones.

El capitalismo monopolizador de los medios de producción y de los medios de comunicación administró la selva como una suerte de colonia interna y la desdibujó para que nadie viniera a disputársela. El capitalismo monopolizó la Amazonía. Y para eso la marginó, la aisló, la mantuvo como una reserva intocable salvo casos de emergencia”.⁵

Esta es la matriz desde donde surge (casi) toda la literatura que se ha producido sobre la Amazonía, desde el siglo XVI hasta el siglo XXI (desde el fraile Carvajal y Walter

5 Roger Rumrill y Pierre de Zutter: *Amazonía y Capitalismo: Los condenados de la selva*. Editorial Horizonte, Lima, Perú, 1976.

Raleigh a... ¡los discursos de Luis Inacio Lula Da Silva!)⁶, una literatura que contrasta insisto con la que podemos llamar literatura amazónica, cuyo imaginario y discurso, cuyos relatos, persisto, son muy poco conocidos y menos difundidos. Siguen ellos, de muchas maneras, siendo invisibles, o manipulados como es el caso de la película *Avatar* del director James Cameron.

Esa imagen, ese discurso, esos relatos tienen que ver –y aunque esto pueda resultar obvio, hay que remarcarlo– con la selva, con el río, con la memoria y el mito entre los indios.

Esos relatos invisibles y manipulados sufren algo peor: todo ese mundo del cual emergen, como ya señalé, está agonizando, acorralado y sentenciado a muerte. Si ese mundo desaparece, con él se perderán también todas esas voces, toda esa potencia expresiva... Eso que a mí, parafraseando a Ino Moxo, se me ocurre llamarlo también como la literatura de la “nación culebra”. Veamos algunos de los por qué.

* * *

Ino Moxo es un chamán amawaka, uno de los pueblos indígenas de la Amazonía peruana. Dice muy bien, cuenta muy bien, es un “decidor”, Ino Moxo. De hecho, hay todo un libro recuperando sus relatos y su saber ancestral. Es, como decía, uno de los pocos libros que existen sobre la verdadera literatura amazónica.⁷

6 Hay un trabajo académico que sistematiza y profundiza este tema y cuya lectura es invaluable. Me refiero a *Imaginario y discurso: la Amazonía*, por Ana Pizarro, Universidad de Santiago de Chile. Está publicado en la Revista de Crítica Literaria Latinoamericana, Año XXXI, N° 61. Lima-Hanover, 1er. Semestre de 2005, pp. 59-74. Está disponible en Internet.

7 César Calvo: *Las tres mitades de Ino Moxo y otros brujos de la Amazonía*. Proceso editores, Iquitos, 1981. El libro es inhallable... César Calvo (1940-2000) es el gran y noble poeta de Iquitos.

El epígrafe que incluí en este trabajo es tan certero para reflejar lo que vengo expresando, que vale la pena detenerse en él y comentarlo un poco.

Ante todo, ahí está la fusión perfecta entre realidad y mito –el mundo paralelo que también procura la ayahuasca, la droga alucinatoria por excelencia de la selva.

Sobre el tema de los mitos amazónicos, preciso detenerme así sea una puntualización. Es obvio que cuando aludo al mito, me refiero a los mitos indígenas del Amazonas que colisionaron pero que también, en muchos casos, se enhebraron no sólo con los mitos occidentales sino también con los mitos andinos. Desde la cultura del Occidente, la Amazonía ha sido uno de los territorios más fecundos para el arraigo y florecimiento mítico: su mismo nombre impuesto abreva allí. El mito de la ciudad perdida en medio de la selva es el más emblemático y persistente de todos. El Paraíso es el que más me conmueve a mí.

Los Incas, de varias maneras, alimentaron ese imaginario que cruzó el océano, y que se nutría de la fe, la utopía, la maravilla, lo heroico, las Cruzadas, los viajes de los mercaderes de la seda, de tanta errancia. Pero por debajo de toda esa parafernalia imaginativa, estaban (están) los mitos indígenas y esa, vuelvo a insistir, es la verdadera esencia de lo amazónico. Anoto uno que a mí siempre me cautivó: el de la ballena Haisaoji, amarrada por los indígenas Ese Ejas en un lugar del río Bahuaja, que los quechuas de las primeras crónicas y nosotros hoy conocemos como río Tambopata. Les hablo de un sitio y un titán de las aguas en el medio de la Selva Sur peruana. Me cautivó y me cautiva tanto como leer a Moby Dick. Me estremece pensar que sólo quedan unos cientos de Ese Ejas y que la historia de la ballena Haisaoji pueda ser olvidada. Esa es la agonía en la que se debate la selva. A los indios Tacanas de Tumupasa, en la Amazonía boliviana, su montaña protectora, el Caquihuaca, como ellos mismos se

apenan: “ya no nos dice nada”. ¿Saben el motivo? Porque a alguien se le ocurrió colocar encima del cerro guardián, una antena telefónica.⁸

Sobre este asunto, en otro texto escribí que “la recuperación de los mitos concuerda perfectamente con la necesidad de sistematizar y dar a conocer el pasado amazónico, una tarea inmensa que se opone a los designios de aquellos que han querido convertir, sea por prejuicio o por algún tipo de interés, a la Amazonía en un territorio sin historia”.⁹

Ahí está, para ir despejando las brumas, el amargo recuerdo de Fitzcarrald, de Isaías Fermín Fitzcarrald (1862-1897) y no de *Fitzcarraldo*, la película del cineasta alemán Werner Herzog. Admiro mucho la osadía y el fervor audiovisual de Herzog¹⁰ pero, está claro también, que su narrativa de selva (incluyendo también al film *Aguirre, la ira de Dios*) está lejos de la verdad amazónica, y abreva en la imagen colonial de la floresta que ya mencionamos.

Fitzcarrald (nacido en la hacienda de San Luis de Huari en los Andes de Ancash-Perú, hijo bastardo de un gringo que lo reconoció sólo cuando un cura le brindaba la extremaunción antes de ser fusilado en Cerro de Pasco acusado de ser espía de los chilenos durante la llamada Guerra del Pacífico)

8 Ver Pablo Cingolani: *El cerro Caquiahua ya no dice nada*. En: <http://www.bolpress.com/art.php?Cod=2010121606>

9 Pablo Cingolani: Presentación al libro *Cuatro Viajes a la Amazonia boliviana* de Vera Tyuleneva (FOBOMADE, La Paz, 2010) Pág. 10. “Terra sem História”, anotó con referencia a la Amazonía el gran escritor brasileño y positivista Euclides Da Cunha en *A margem da história* (1909).

10 Sin ir muy lejos, tengo un poster con el barco de la película y con Klaus Kinsky colgando en una de las paredes de mi casa; de hecho, una vez le escribí un correo electrónico a su oficina en Múnich para interesarlo en uno de mis proyectos en la selva... me contestó que estaba rodando un documental en Tailandia pero que cuando tuviera algo para mostrarle, lo hiciera. De hecho también, nunca más lo contacté.

fue lo que dice el chamán y no el alemán. Fitzcarrald fue un asesino despiadado, un esclavizador de pueblos enteros.

El peruano reproduce el arquetipo del empresario del caucho que hasta ahora reivindicán todos y cada uno de los países de la cuenca como “héroes de la soberanía y de la nacionalidad” (es también el caso de Julio César Arana, retratado por Vargas Llosa en su última novela, *El sueño del celta*, o de Nicolás Suárez, en Bolivia, donde aún una provincia amazónica lleva su nombre y hay varios monumentos que lo recuerdan).

Ese discurso —el de la “épica” de los llamados “barones del caucho”, una especie de conquista del *far west* con menos marketing— representa el ante último tramo de la imposición cultural que sufre la Amazonía, y las imágenes distorsionadas que surgen de ello en cada versión nacional, sea boliviana, peruana, colombiana, brasileña. Hay, en ese ámbito, toda una literatura, extremadamente violenta, tanto en su apología¹¹ como en su denuncia,¹² pero en ambas, la voz de las víctimas está ausente.

Es que, como el “celta” Casement de la obra del último Premio Nobel, incluso quienes se espantaban de las atrocidades de los caucheros, no podían evadirse a la vez del influjo supuestamente perverso de la selva, de su hostilidad, y en la

11 Los caucheros mandaban a imprimir tomos gruesísimos en su defensa; pienso también en una obra delirante de autoría del argentino Ciro Torres López, *Las maravillosas tierras del Acre (en la floresta amazónica de Bolivia)*, impresa en 1930, donde sin empacho, y en su vejez opulentísima, Nicolás Suárez cuenta cómo exterminó a los indios caripunás.

12 Pienso en un libro considerado clásico, *La Vorágine*, del colombiano José Eustaquio Rivera; pienso en otra obra, mucho menos conocida que la anterior, pero que redundaba en los ejes extremo-existenciales que Rivera en *La Vorágine* delineó con maestría y que según el autor está inspirada en ella: *Borrachera verde*, del boliviano Raúl Botelho Gosalvez.

misma línea ya explorada por el uruguayo Horacio Quiroga, otro cuentista genial de la literatura de selva, sus relatos impactan y son efectivos, estremecen, pero casi siempre muestran el drama personal de los que no deberían estar allí:

¿Quién que haya penetrado en la selva, guarda un recuerdo grato de ella? Estas florestas son madrastras que en fobia perpetua se ensañan y destrozan, desarman y aniquilan. Sin embargo, eran el último refugio para mi desgracia.

Decir selva, es decir angustia.

Toda ella se asemeja a un templo donde hacen de pilares los troncos centenarios, de arbotantes las masas de lianas y bejucos; sus bóvedas se extienden al margen de los ríos y lagos, en ellas repercute el eco de nuestras voces, alargadas hasta los almizclozos [sic] cubiles de las fieras, para vendernos, para entregarnos a las fauces siempre hambrientas.

La selva no guarda ídolos, porque en ese verde templo todos son dioses, desde los árboles bravíos que en los “surazos” tienen cóleras divinas y terribles, hasta el microscópico animalito, gestor de la enfermedad, la muerte y la podredumbre.¹³

El horror existencial por la selva, el mismo que experimentaba Marguerite Duras frente a las junglas vietnamitas, el mismo que pretenden curar arrasándola los hacendados ganaderos y sojeros brasileños... ese odio a la selva del que habla Possuelo¹⁴... existe toda una literatura de selva, que

13 Raúl Botelho Gosálvez: *Borrachera Verde*. Ed. Juventud, La Paz, 1992. Pág. 65-66.

14 “Hay un odio en relación a la selva... Todos, inclusive parte de los defensores del medio ambiente, se preguntan a toda hora cómo aprovechar el bosque. Así, inventan esos proyectos auto sustentables, los mismos proyectos de devastación de siempre. La floresta tiene que justificarse para permanecer en pie. Tiene que ofrecer condiciones

tiene a la selva y su drama impuesto como escenario y a los indios (o a los nativos del Congo, en el caso de esa obra magistral que es *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, el clásico de los clásicos del género) como extras, como parte de la descripción general del drama. Kurtz es Fitzcarrald; los aborígenes de una y otra selva son fantasmas, fantasmas explotados, humillados y asesinados en las “factorías”, pero nada más.

Gritó en su susurro a alguna imagen, a alguna visión,
gritó dos veces, un grito que no era más que un suspiro:
“¡Ah, el horror! ¡El horror!”

Joseph Conrad: *El corazón de las tinieblas*

Esto contrasta con lo que insistimos en llamar literatura amazónica. Ino Moxo es una de las decenas, cientos, miles de voces que la han moldeado y hecho perdurar. Y su voz es tan potente que no sólo estremece, sino que conmueve.

Ante todo, el vínculo con lo natural –con el río, con la selva– es la sustancia de su discurso. Allí está el valor de esa narrativa amazónica, que así se emparenta con todas las narrativas de los pueblos originarios de todo el mundo. Siglos de negación cultural a lo natural, nos han vuelto inmunes al hechizo y la gracia de sentirnos parte de un todo, vivo, libre y armonioso. La selva es el más complejo de los sistemas de vida, y por su complejidad, es a la vez, el más frágil. Dijo Ino Moxo:

para la construcción de hoteles y posadas: Nadie está queriendo volver en el tiempo, pero precisamos perder la mirada desarrollista, encarar a la Amazonía como selva, tener orgullo por lo desconocido, saber cómo las personas viven de forma tan simple.” Tomado de Leonencio Nossa: *Homens invisíveis*. Record, Río de Janeiro, 2007. Pág. 69

Tantas y tantas existencias oyes, tanta callada sabiduría escuchas cuando escuchas la selva. Y eso que ya no puedes oír el canto de los peces que alegraban las aguas del Pangoa, del Tambo, del Ucayali, animales musicales que presintieron la llegada del gran otorongo negro y huyeron días antes y se salvaron.

aludiendo metafóricamente a la actividad petrolera, uno de los enemigos más crueles de la Amazonía, y la contaminación de los ríos.

Y a esa naturaleza, a esa vida, hay que defenderla. El relato de la resistencia a los caucheros que hace Ino Moxo no tiene mengua:

... mis primeros ahijados, fueron escogidos para dar castigo al hermano menor de Fitzcarrald. Ximú los icaró, los magnetizó dotándolos de poderes precisos, suficientes. El día justo, a la hora justa, ellos dos se desnudaron y entraron al Mishawa. Como quien entra bajo un mosquitero, así entraron al río y se fueron tranquilos, caminando por el fondo de piedras. Aparecieron en el río Purús. Allí ajusticiaron a Delfin Fitzcarrald, volvieron a meterse bajo el río, regresaron andando, sin mojarse, bien tranquilos...¹⁵

Hay otro relato que Calvo tituló *La cachetada que incendió al petróleo* y que cuenta cómo los guerreros piros, los ashaninka y los amawakas se juntaron para quemar el campamento y las instalaciones de una compañía francesa que explotaba crudo en la selva, allá por 1976.¹⁶ Por otros caminos, la historia vuelve a repetirse, a su manera, en Baguá, el 2009.

15 Isaías Fermín Fitzcarrald murió ahogado en el río Mishawa en julio de 1897.

16 Ver Cesar Calvo, Op. Cit. Págs. 237-238

Y ahí está la “Nación Culebra”, cuando en la continuidad de la guerra mágica que los indios han entablado contra los invasores de cualquier pelaje –Fitzcarrald y sus mercenarios, los petroleros–, Ino Moxo en su extrema lucidez, su extrema sensibilidad, su extremo coraje, no plantea el recurso sistémico, nacional, global ahora, de “hacer respetar los derechos”, de apelar al Estado (o a la sociedad anti esclavista de la hipócrita sociedad victoriana que lo condena a Casement, como a Wilde, no sólo por independentista irlandés, sino sobre todo por homosexual), Ino Moxo no pide clemencia, no clama solidaridad, no reclama nada, sino que apela a sus armas más genuinas, más suyas, propias de esa su selva repleta de vida, colmada de vida, y proclama “nacionalizarse” culebra, o árbol, o piedra. La belleza de las palabras sentidas es arrasadora de todas las distancias...

Alguien dirá que “nacionalizarse” ni es un término indígena y que incluso resulta contradictorio en el hilo de este texto. Para nada. Luego que se produjera el primer gran choque, la primera ruptura estructural del espacio amazónico, con la invasión europea de sus territorios en el siglo XVI, luego que pasaran cinco siglos de negación a la especificidad cultural de los pueblos amazónicos (luego que superáramos, aquí y allá, el prejuicio de considerarlos “inferiores”, “salvajes”, “bárbaros”, producto no sólo de la herencia ibérica y portuguesa sino también, del nacionalismo revolucionario de los países andinos, incluso de sus propias vertientes indigenistas hegemónicas, incluyendo, hacia atrás, a los mismísimos Incas... en Brasil, el contexto es diferente y ya nos referimos a él), los estudios etnohistóricos probaron la enorme fluidez de las relaciones entre los pueblos de las tierras bajas y de las tierras altas de Sudamérica. Los intercambios culturales, sobre todo ellos, son impactantes.

Coca, tigres y serpientes son un bagaje de transferencia cultural desde las selvas hacia las alturas, demasiado espeso y crucial como para no anotarlo.

Guamán Poma, el insustituible, contradictorio aunque amado Guamán Poma, cuenta así, sin desperdicio –cada palabra es un hallazgo– como Inca Roca y su hijo, amigos de los salvajes (“chunchos” en el quechua de los Incas, término que sobrevive hasta hoy: habitantes del Ande Suyo o Antisuyo, el suyu, parte, del estado inca –cuatro partes=Tawantinsuyu– que correspondía al este, oriente del Cusco, es decir a la selva) introducen la coca en los Andes, mezclando el asunto con la sacralización totémica del tigre de la Amazonía, el jaguar, la fiera por excelencia y símbolo de poder absoluto:

Fue hombre largo y ancho, fuerte y gran hablón y hablaba con trueno, gran jugador y putañero, amigo de quitar hacienda de los pobres. Además de la conquista de su padre conquistó todo Ande Suyo. Dicen que se tornaba otorongo [jaguar en quechua] él y su hijo. Y así conquistó todo Chuncho (...) Este dicho Inca comenzó a comer coca y la prendió en los Andes y así le enseñó a otros indios de este reino. (...) Y dicen que en los Chunchos tiene hijos y casta de este dicho Inca porque más del año residía allá. Y otros dicen que no le conquistó, sino que hizo amistad y compañía.¹⁷

De las serpientes, baste decir una sola cosa: los más grandes líderes de las más vastas rebeliones anticoloniales invocaron su poder y su astucia como nombre de guerra. Túpac Amaru es la “gran serpiente” en quechua. Túpac Katari es lo mismo en idioma aymara. Muchas guerrillas sudamericanas –desde los 50 hasta los 90 del siglo pasado– rindieron homenaje a esta herencia, otra prueba evidente de la fluidez

17 Felipe Guamán Poma de Ayala: *La primera nueva crónica y buen gobierno* [1615]. Edición crítica de John Murra y Rolena Adorno. Siglo XXI, 3 ed., México D.F., 1992. Pág. 83.

y fortaleza de las transferencias/apropiación de los legados culturales de la selva.¹⁸

“Nacionalizarse” culebra es una transferencia, al fin, a la inversa: era el influjo del gobierno del general nacionalista peruano Juan Velasco Alvarado, el primer gobierno del Perú independiente que buscó reparar algunas injusticias históricas en la selva.

Pero Ino Moxo, y aquí está lo que brilla, al querer “nacionalizarse” culebra o piedra (escucho ecos, o quiero escuchar ecos de Arguedas, en el año del centenario de su nacimiento), no habla, en definitiva, de una nación, del Perú a secas, habla de un territorio y una memoria, un saber y un sentir, habla de un espacio-tiempo, habla de la Amazonía.

Habla el chamán de lo que puede identificar, de manera colectiva, a todos y cada uno de los indios de la selva, con mayor o menor o ningún grado de aculturación: ellos se sienten más cerca de la naturaleza –del río, la selva– que de los estados, de los países de los cuales también forman parte. Ellos se sienten más cerca de la naturaleza que de nosotros, en todas nuestras versiones. Eso es algo, y lo creo profundamente, que habría que respetar.

Eso, y nada más que eso, me enseñaron a mí los indios de la Amazonía, y toda su literatura. Que si no estamos dispuestos a dejarlos en paz, que si no estamos dispuestos a entender que su gran y definitivo derecho, desde nuestra cultura occidental, es precisamente ese (de ahí, el humanismo inconmensurable de un hombre como el sertanista Sydney

18 Uturuncos se llamó la primera guerrilla argentina de origen peronista y que tuvo su epicentro en Tucumán, parte del límite sur del quechuísmo. Tupamaros, la célebre organización política armada del Uruguay, es una alusión directa al rebelde quechua. En Perú, hizo lo mismo el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA). En Bolivia, el Ejército Guerrillero Túpac Katari (EGTK).

Possuelo y su imposición del principio del “no-contacto”), el derecho a que los dejemos de joder con nuestras ideas, con nuestras visiones, con nuestras culpas, con nuestras... ¡ganancias eternas de probarlo todo, de verlo todo, de intentarlo todo! es lo mejor que podemos hacer por los indios y por la literatura que se arraiga en una visión del mundo que podemos respetar y compartir pero que nunca será la nuestra.

La otra enseñanza que aprendí en todos estos años de selva es que salvo los indios, la selva y los ríos, no debería haber más nada en la Amazonía. Hoy sobran ciudades, carreteras, bibliotecas, cines, emigrantes de varios colores, y toda clase de mercenarios (al decir de Ino Moxo) que pululan en lo que antes fue selva. No hay nada más terrible y doloroso –y a mí me consta- que ver que donde antes había selva, ahora hay una estancia ganadera, una nueva urbanización o la deforestación que provoca la pobreza. ¡Son crímenes de lesa naturaleza, y también de lesa humanidad, de genocidio, cada metro que se muere de selva es un metro menos para los habitantes originarios de la selva, y eso, mi dios, los está matando! Uno sufre el síndrome de la amputación. No puedes creer que a la selva le vaya faltando un brazo (el estado brasileño de Rondonia, digamos, capturado por los sojeros) o que ahora, ahora mismo, le estén cortando una vena, como lo están haciendo con las mega represas que está construyendo el estado brasileño para atajar, encadenar, el río Madera, el principal afluente del Amazonas. Eso, traducido en violencia, son decenas, centenares, de indios muertos. De hermanos, muertos... ¿¡y nos podemos callar frente a tanta demencia psicópata!?

Es el cerco, es el asedio, a la Nación Culebra. Y la batalla final de una guerra que no parece tener otro objetivo que la abolición total. Porque viendo como son los malos de esta película, parece que no solamente quisieran exterminar

los cuerpos, sino borrar toda señal de que hayan existido. Su literatura también, acaso.

* * *

Vuelvo ahora sobre Brasil, en este texto enmarañado como la selva... sobre lo que anoté del contexto diferente. En Brasil, la defensa de ese principio que postuló Possuelo (“no-contacto” para la protección de los últimos pueblos indígenas aislados de la Amazonía), sigue en suma reproduciendo la lógica que se vivió en los albores de lo que se conoce como la “conquista de América” —esa que inició Colón en 1492. Por algo a Possuelo lo honraron —ustedes mismos, de alguna manera lo honraron, aunque no lo sepan— con el premio Bartolomé de las Casas. Él es un Bartolomé de Las Casas transfigurado, un “Quijote de la selva” según los manchegos del siglo XXI.

Sucede que hay un Brasil —más allá de la imagen típica de ese Brasil del fútbol, el samba y las garotas de Ipanema— que se divide en dos: los que están a favor de los indios y los que están en contra de los mismos. La permanente marcha hacia el Oeste que caracteriza la historia del coloso sudamericano, y el contacto constante con nuevos pueblos, estableció esa línea divisoria entre los que asesinan indios, sin más, y los que los protegen, incluso honrando la máxima del gran Rondón: “morir si es necesario, matar jamás”. Hay un poema maravilloso que patentiza esa división tajante, esa tensión permanente. Lo traducimos a nuestro idioma con un profesor de la Universidad de Uberlandia, Minas Geraes, llamado Mathias Luce —marxista y amigo mío. El poema se titula *Lo que se odia del indio*, su autor es Reynaldo Jardim (valga esto también como homenaje, porque acaba de morir en Brasilia, el pasado 1 de febrero, a los 84 años) y dice así:

Lo que se odia del indio

No es apenas el espacio ocupado

Lo que se odia del indio

Es el animal puro que en él habita

Lo que se odia del indio

Es su color en bronce diseñado

La precisión con que la flecha vuela y abate la caza

El gesto largo con que abraza al río

El gusto de acariciar las plumas y tejer el tocado

Lo que se odia del indio es su andar sin ruido

La presteza segura de cada movimiento

La nítida perfección del cuerpo erguido contra la luz
del sol

Lo que se odia del indio es el sol

El árbol se odia del indio

El río se odia del indio

El cuerpo a cuerpo con la vida se odia del indio

Lo que se odia del indio es la permanencia de la in-
fancia

Es la libertad plena lo que se odia del indio.

Creo que este poema es la demostración más pura de que nosotros, si lo deseamos, podemos contribuir, por un mínimo sentido de decencia, a que el mundo de la selva, del río y de los indios no se acabe. Yo podría amargarlos con todas las tragedias, con todos los actos genocidas y etnocidas que han sufrido los indios amazónicos, pero les juro que es tan devastador, tan vergonzoso lo que le hemos hecho a los indios, lo que le estamos haciendo a los indios, que prefiero a un memorial de agravios, seguir cantando, todos juntos, a la esperanza, a la fe, y a la lucha que es el único sustento de la esperanza y de la fe. Por ello, prefiero la transcripción de otra joya literaria y desgarradora de ese Brasil pro-indio como es la letra de la canción *Un indio* de Caetano Veloso:

Un indio bajará de una estrella colorida, brillante
de una estrella que vendrá a una velocidad escalofriante
y se posará en el corazón del hemisferio sur de América en
un claro instante.

Después de exterminada la última nación indígena
y el alma de los pájaros, las fuentes de agua limpia,
más avanzado que la más avanzada de las más avanzadas
de las tecnologías,

vendrá: impávido como Mohammed Alí. Vendrá –lo vi:
apasionadamente como Peri. Vendrá –lo vi: tranquilo e
infalible como Bruce Lee, vendrá –lo vi.

Un indio preservado en pleno cuerpo físico,
en todo sólido, todo gas, y todo líquido,
en átomos, palabras, alma, corazón, en gesto, olor
en sombra, en luz, en sonido magnífico.

A un punto equidistante entre el Atlántico y Pacífico
de ese objeto refulgente, sí, bajará el indio
y todo lo que sé que él va a decir y hacer no sé contarlos así,
de un modo explícito.

Vendrá: impávido como Mohammed Alí. Vendrá -lo vi: apasionadamente como Peri. Vendrá -lo vi: tranquilo e infalible como Bruce Lee, vendrá -lo vi.

Y aquello que en ese momento se revelará a los pueblos sorprenderá a todos no por ser exótico sino por haber podido estar oculto siempre, cuando justamente era lo obvio.

Creo que hubo un momento de la historia de la Amazonía donde todas las sensibilidades y todos los saberes comenzaron a juntarse, y tal vez en contra sentido borgiano, primero pudo ser que nos uniera el espanto, pero luego empezó a ser el amor, como corresponde a todo lo que lucha unitariamente. Ese momento, de seguro empezó cuando los dictadores militares de Brasil empezaron con la construcción de la primera gran herida, no cicatrizada aún, que le hicieron a la Amazonía: la llamada, de preciso, carretera Transamazónica, en los años 70 del siglo que pasó.

Yo era un niño, y me acuerdo de esas imágenes en los periódicos de Buenos Aires, la ciudad que me vio nacer: allí también estaba Possuelo tratando que los Araras no sufrieran el impacto atroz de la llegada de la “civilización”, el orden y el progreso brasileños.

Han pasado cuarenta años desde que empezó a manifestarse esa tensión entre una modernización carente de alma y de escrúpulos, y la supervivencia del universo simbólico que nutren selvas y ríos y que tiene a los indios frente a su última encrucijada, frente al último espejo deforme del genocidio sin fin, frente al desenlace del destino: o se integran o mueren, así sea “democráticamente” pero mueren. Possuelo fue echado de la FUNAI por objetar la ya famosa frase de su entonces director: “los indios tienen mucha tierra”.

El mundo, si es que hay un mundo sensible que todavía resiste a la imbecilidad llevada a extremos inconcebibles, a

la anestesia aplicada en dosis inauditas, a la frivolidad como la mejor manera de administrarla, ese mundo —que yo sé que existe, que tiene que existir— debería evitar la fatalidad, el desasosiego, el fin de una historia, el nacimiento de otra: opaca, desdichada y donde estarán ausentes, y para siempre, las voces de la selva, las voces de los buenos que, parafraseando a Thoreau, son los más cercanos a la bello y a lo salvaje, que aún resiste... *Si te pones a escuchar todo lo que suena en la selva, ¿qué escuchas?* —Ino Moxo nos pregunta a todos, Ino Moxo nos convoca a todos...

* * *

Yo nunca me río
de la muerte.
Simplemente
sucede que
no tengo
miedo
de morir
entre
pájaros y árboles.

Javier Heraud: *Yo no me río de la muerte*

15 de mayo de 1963. Amazonía peruana. Yo aún no había nacido: faltaban tres meses cuando tres hombres, dos afuerinos y un guía, avanzan contra la corriente de un río mítico: el Amaru Mayu, el río de las serpientes de los Incas, o Madre de Dios como lo rebautizaron los españoles. Venían aguas arriba, desde Riberalta-Bolivia. Los antiguos japoneses creían que navegar hacia la fuente de un río era subir hacia la morada de los dioses. Ellos no llegarían a ninguna parte: otras embarcaciones repletas de hombres de atuendo verde y armas de guerra rodearon a la balsa y exterminaron a tiros a sus ocupantes.

Alguna gente desde las orillas se había sumado a la fatal faena utilizando carabinas para caza mayor.

Cuando recuperaron la balsa, militares y vecinos de Puerto Maldonado observaron los cadáveres de los tres hombres destrozados por la balacera. Uno de los cuerpos era el de un hombre joven, demasiado joven (tenía, tan solo, 21 años) cuyo rostro seguía siendo el de un muchacho a pesar de las marcas que dejó la abstinencia, a pesar de las cicatrices de la selva, a pesar de la muerte que ya lo había abrazado como él mismo soñó, entre pájaros y árboles, tres años antes cuando publicó su poemario invencible, *El río*.

Los victimarios se solazaron con la victoria: los guerrilleros apátridas, los delincuentes comunistas, los criminales subversivos terminaban así: cocidos en odio y balazos. No sabían que habían matado a un poeta. No sabían que Guillén y Neruda llorarían por él. No sabían quién era Guillén ni tampoco quien era Neruda y menos que el muerto era Javier Heraud, el más estremecedor de todas las voces de la selva desde afuera de la selva, pero que hizo de la selva, no sólo su tema, sino también su tumba. Ino Moxo, ese día, estaba distraído, pero igual lloró por él. Yo lo siento...yo lo sé.

* * *

Quiero encontrar un final para esta danza sin misericordia entre indios odiados y poetas inmolados, quiero encontrar un final que no naufrague en la tristeza, porque desde la tristeza no se construye nada.

No he cruzado el océano —con todo el reverencial terror que cargué y cargaré a mi retorno por volar encima de la *Mama Kocho*, la morada de todos los muertos— para sucumbir ante lo más obvio: no he llegado hasta Ibiza a escribir un epitafio para la Amazonía.

Disculpen de nuevo lo tajante, lo abrupto y lo áspero. Nosotros allá, a veces, parece que nos acostumbramos a las derrotas. Desde el siglo XVI, murieron millones de indios amazónicos, producto de la violencia y las enfermedades para las cuales no tenían anticuerpos –la civilización de Moxos, en el actual Beni-Bolivia, es un ejemplo dramático de lo que digo. Y no pasa nada. Los indios de la Amazonía siguen muriendo, siguen arrollados por ese manía etnocida que reemplazó a la premisa que “el mejor indio es el indio muerto”.

También, como a Javier, entre las décadas del 60 y el 80, asesinaron, desaparecieron, masacraron, a más de 200.000 latinoamericanos que buscaban un destino mejor para todos, los indios y los no indios. Ellos también son mis hermanos, pero sobre todo han sido/son y serán siempre mis compañeros.

Y yo no les puedo dedicar un final triste para esto que escribo, porque sino: ¿para qué carajo murieron?

Entonces, como no tengo un final... a modo de epifanía... van tres en homenaje a los indios –como escribió Cardenal- y a todos los compañeros muertos. Una vez leí un artículo del gran Darcy Ribeiro que se titulaba, simplemente: *Mi corazón me pide una victoria...*

* * *

1. La victoria coyuntural

Sobre el río Madre de Dios, donde lo mataron a Heraud, estaban construyendo un puente. Nada más antinatural, ya lo dije. Sucede que ese puente –bautizado Billinghamurst– es el símbolo del plan de conquista definitiva de la Amazonía, de apertura total del espacio selvático a las trasnacionales, al mercado mundial y a las políticas desarrollistas de los

gobiernos y los bancos que las alientan. Ese plan se llama Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Sudamericana, y es más conocido por sus nefastas siglas: la IIRSA.

El puente de marras, tiene el afán de concretar la unión, a través de carreteras, de los dos océanos del hemisferio occidental, a través de la selva. Ya lo dije: es el principio del fin para la Amazonía y el punto culminante del genocidio aborigen. Pero, sucede —¡mi corazón me anda pidiendo una victoria!— que los ingenieros de la empresa constructora de la obra fracasaron en sus cálculos, y el río, el río donde lo asesinaron al poeta, se anda defendiendo.

Este correo electrónico que recibí el lunes 14 de febrero pasado, creo que merece ser incorporado a la futura antología de literatura amazónica, vean si no:

Estimado Pablo: estuve indagando sobre la situación del puente y realmente es grave, efectivamente existe una fisura en la estructura del anclaje del puente que da hacia la ciudad de Puerto, esta se produjo cuando estaban trabajando con la mezcla de concreto y sintieron que algo se resquebrajaba y hasta allí llegaron, se paralizó el trabajo, ahora solo están en mantenimiento como es ajustar pernos, etc. Las perspectivas: llegaron especialistas chinos y están evaluando y estudiando que es lo que se tiene que hacer, para empezar, no han desmontado nada porque están monitoreando hasta donde es la resistencia, los siguientes pasos, evidentemente no te indican, porque no saben, pero estimo que se realizaran nuevos estudios, parece que los anclajes estaban muy cerca del puente y no ofrecen la resistencia necesaria, en todo caso se tiene que esperar los resultados de los estudios que se hagan y que no empiezan aún, por que deben llegar expertos. Supongo que el estudio debe durar unos 3 o 4 meses y luego retomar la construcción con las enmiendas que no serán menores a los 10 meses o un año, en el mejor de los casos. Los costos: .bueno de los 800 millones programa-

dos ya están en 1300, y con esto, es bastante platita la que se está gastando, y como veras Alan no cumplirá su deseo de inaugurar el puente, salvo...mejor parecer. Para colmo de males las lluvias han arreciado en la región y el río está afectando muchos poblados, y está cerca al nivel del puente, y veamos si resisten los pilares esta defensa de nuestro río. Estaré averiguando más sobre el tema. Como entenderás, al no haber información oficial, esta la he conseguido de trabajadores, funcionarios y otras personas, pero trataré de conseguir información de la empresa Conirsa. (...) Tome fotos, pero no las traje hoy por que estamos soportando una súper tormenta, y apenas puedes movilizarte, pero te las envió en cualquier momento

Un abrazo.

¿Digan si no es emocionante? ¿Digan si no podemos seguir soñando con más victorias coyunturales? El río, bendito río... Esto, afirmo, es parte de la nueva literatura amazónica: escritura urgente, de denuncia –manifiestos, pronunciamientos, artículos periodísticos, cartas, poemas- que van conformando un imaginario de la resistencia, una estética de la resistencia, un emergente cultural, singular, ya que se nutre, en lo esencial y tal y como lo vengo expresando desde el principio, en los elementos que definen lo amazónico, y que aún hoy en este mundo aparentemente secuestrado por la “aldea global”, siguen no sólo vigentes sino portando una carga de simbolismo contracultural, contrahegemónico, única y diferenciada, que hace que la Amazonía siga brillando, que su luz no se apague, y siga inspirando. (Ver Anexo 1 El Puente)

* * *

2. La victoria táctica

En diciembre del año pasado, fui a devolverle una visita a Bolivia –donde yo vivo– a Sydney Possuelo, volando hasta

Brasilia –donde él vivía, ahora está habitando, temporalmente, en Nueva Zelandia.

Como este mundo es global –aunque me pese–, nos imaginamos con Sydney una manera de romper todas las barreras impuestas para la defensa y protección de los últimos indios aislados de la Amazonía, tarea en la cual Possuelo se empeñó toda su vida.

De ese encuentro/reencuentro siempre (conozco a Sydney desde que era un niño, *remember* la Transamazónica), surgió la “carta abierta” que está juntando firmas por todo el mundo.

Creo que la misiva al mundo-hostil-contra-los-indios, también es antológica, y forma parte de ese nuevo y unitario corpus de la literatura amazónica, así que la transcribo tal cual, dice así:

CARTA ABIERTA EN DEFENSA DE LOS PUEBLOS
INDIGENAS AISLADOS

Brasilia, 15 de diciembre de 2010

Trabajé más de cuatro décadas en la selva amazónica. Hace cinco años, convoqué al primer encuentro internacional en defensa de los pueblos indígenas aislados. Nos reunimos en Belem do Pará y allí propuse la creación de una Alianza Internacional para su protección. Digo sin angustia pero con claridad: hemos avanzado muy poco en ese sentido. Siento que la urgencia de entonces, se volvió hoy una amenaza definitiva: los pueblos aislados y sus territorios están en riesgo como nunca antes.

En los últimos cinco años, he visto intereses para sacar a los aislados de sus tierras y permitir así la invasión de empresas petroleras o mineras; he visto cómo se firman decretos y otorgan concesiones para explotar recursos naturales en zonas donde habitan estos seres humanos; he visto indígenas muertos o perseguidos por defender sus derechos; he sentido que seguimos considerando a la

Amazonia y a los indígenas como un obstáculo a las estrategias de desarrollo, como la que encarna la Iniciativa de Integración de la Infraestructura Regional Sudamericana.

Represas, carreteras, puentes están siendo construidos en la Amazonía, sin proponer acciones que de manera efectiva protejan los derechos de estos pueblos, y si persisten estas actitudes, el destino de los aislados ya está determinado y ellos desaparecerán.

No podemos quedar indiferentes ante este drama. Es tiempo de reaccionar y que los estados, los gobiernos, las empresas, los organismos internacionales, las iglesias, todos, brinden garantías de cuidado a los derechos humanos de los pueblos aislados de la Amazonia. Es un deber de conciencia y un imperativo moral. No pido que detengan sus planes de gobierno, reclamo sí que una parte de lo que gastan en obras de infraestructura y las inversiones en industrias extractivas la usen para preservar verdaderamente a los aislados de toda violencia.

Si como los gobiernos dicen, estos planes y obras son para vivir bien y tener bienestar, que incluyan a los aislados dentro de esos beneficios. Ellos sólo quieren asegurar sus territorios. Protejamos eso. Que ellos no paguen con sus vidas o con su desarraigo, como siempre ha sido, la falta de acciones sinceras de protección a sus derechos que además están consagrados en las leyes y en los tratados internacionales.

Si está a punto de inaugurarse ahora la primera carretera interoceánica de Sudamérica a través de la selva, el hecho que los pueblos indígenas aislados no sean más perseguidos o sacados de su territorio sería la mejor prueba de responsabilidad y respeto que podríamos dar. En el tramo entre Assis Brasil, en el Acre, y Puerto Maldonado, en Madre de Dios, en el Perú, una zona que colinda con Pando en Bolivia, los camiones pasarán incesante y peligrosamente muy próximos a territorios poblados por ellos. ¿Qué haremos para que esto no signifique mas amenaza a la vida y más devastación del bosque? Es nuestra oportunidad para cambiar la historia para siempre, y evi-

tar que llegue la hora fatal, la hora 25, cuando ya no se puede hacer nada más.

La situación es crítica y todos deberíamos unirnos. No podemos permitir que una parte de la humanidad se extinga. Los aislados tienen que vivir. Son nuestra esencia más pura, nuestro impulso más vivo. Un mundo sin ellos no valdría la pena y en el futuro no habría perdón para una tragedia tan grande que nos hacemos contra nosotros mismos y el planeta.

Sincera y afectuosamente,

Sydney Possuelo

Creo, con todo mi corazón que me sigue pidiendo una victoria más rotunda que la coyuntural del puente que no saben cómo hacerlo, que si esta carta –tal como nos propusimos, con miles de firmas que estamos recogiendo *all around the world*– llega a manos de la Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos y al Foro Permanente de Cuestiones Indígenas de la misma organización planetaria, ellos sabrán decirle a sus estados miembros de Sudamérica que se dejen de joder a los indios de la Amazonía.

Un puente, una carretera, una plantación de soya, una mina de diamantes, un pozo petrolero no valen, ni como París, una misa, menos la culminación de un genocidio. El discurso contra la pobreza, vale menos. No se trata de ganar el cielo, con avemarías ajenas: hay demasiadas maneras de hacer plena una justicia social sin sacrificar no sólo a los bosques, sino a esas vidas humanas, que aunque sean un puñado –comparados con los hambrientos del mundo, los desesperados y los desarraigados de la Tierra: son lo mejor de nosotros mismos. Un mundo sin indios amazónicos, como afirma Possuelo, no valdría la pena.

* * *

3. La victoria estratégica

La única victoria estratégica deseable es cambiar el modelo, el sistema, el paradigma (como quieran llamarlo, a mi me aburren las teorías), en definitiva es cambiar al mundo, tal y cual lo conocemos.

Es eso... ¿posible?

Desde ya que sí, daré algunos ejemplos: sólo se trata de construir puentes para que pase la gente, no los camiones de las trasnacionales. Sólo se trata que si aún quedan indígenas que viven en su mundo, no les imponamos el nuestro, y no sólo los aceptemos, firmando una carta, sino que hagamos valer su derecho. Jamás habría que volver a asesinar poetas. Hay muchas maneras de hacerlo: cada cual deberá preguntarse cómo.

A desafíos, amenazas globales: respuestas, compromisos globales.

Vamos a tener mucho tiempo para arrepentirnos de no hacerlo: el tiempo sin belleza, el tiempo sin pasión, el tiempo donde tengamos que asumir que la selva ha sido arrasada, los ríos se secaron y el último indio se fue a vivir a una chabola de Manaus...

Literatura amazónica... hoy son muchas páginas en blanco, páginas que deberíamos escribir juntos... epitafio o epifanía, depende de ellos pero sobre todo de nosotros que paremos todo esta locura... y que la futura literatura amazónica la escribamos todos: ellos porque la viven, y nosotros porque los respetamos y los defendemos tal cual son, tal cual ellos quieren ser, amando a su río, amando a su selva... amando a su literatura, amando a su Amazonía:

Y más que nada suenan los pasos de los animales que uno ha sido antes que humano, los pasos de las piedras y de los vegetales y las cosas que cada humano ha sido. Y

también lo que uno ha escuchado antes, todo eso suena en la noche de la selva. Dentro de uno mismo suena, en los recuerdos lo que uno ha escuchado a lo largo de la vida, bailes y pífanos y promesas y mentiras y miedos y confesiones y alaridos de guerra y gemidos de amor. Voces de agonizante que uno ha sido o que uno ha escuchado solamente. Historias ciertas, historias de mañana. Porque todo lo que uno va a escuchar, todo eso suena, anticipado, en medio de la noche de la selva, en la selva que suena en medio de la noche. La memoria es más, es mucho más, ¿lo sabes? La memoria verídica conserva también lo que está por venir. Y hasta lo que nunca llegará, eso también conserva. Imagínate. Nada más imagínate. ¿Quién va a poder oírlo todo, dime tú? ¿Quién va a poder oírlo todo, de una vez, y creerlo?

—dijo el chamán Ino Moxo.

Río Abajo-Bolivia, febrero de 2011

El puente

La noticia inundó el planeta: VOLARON EL PUENTE DEL RIO MADRE DE DIOS. Lo que estaba predestinado a ser –según palabras del propio Presidente del Perú, el Dr. Alan García Pérez– “la gran fiesta de los propulsores de la integración y el desarrollo sudamericanos”, al devenir en tragedia de acero y cemento chamuscados, desató la mayor persecución policial y militar que recuerde la historia de la Amazonía y del continente, sólo comparable a los años de plomo de las dictaduras militares cuando estaba en vigencia el llamado Plan Cóndor para perseguir guerrilleros de izquierdas.

Ahora el perseguido en la mira se llama *Comando Javier Heraud* (CJH), un grupo elusivo y por cierto desconocido hasta que se tomaron la osadía de derrumbar el primer puente construido en la Amazonía Sur Occidental que cruzaba –entre la ciudad de Puerto Maldonado y un caserío llamado El Triunfo– uno de los mayores ríos del planeta: el Amaramayu de los Incas, el Madre de Dios de los mapas actuales, afluente del Beni, a su vez confluente del Madeira, a su vez afluente del gran Amazonas, el Río-Mar.

Pero el puente sobre el río Madre de Dios no era cualquier puente. Era la obra estrella de la IIRSA, la Iniciativa

de Integración de la Infraestructura Sudamericana, el mayor plan de apertura a los negocios que recuerde la historia de este lado del mundo y el tendido ingenieril sobre aguas tan míticas, no sólo creía representar la victoria del hombre sobre una naturaleza desbordante, sino el símbolo de esa vocación por “la civilización y el progreso” que también encarnaban todos los invitados a la inauguración.

Allí estaban, para la fiesta que no fue, en Puerto Maldonado, el ya nombrado Alan García, el antiguo “caballo loco” de la izquierda ochentosa, ahora devenido en liberal ortodoxo y que quería despedirse de su segundo periodo a cargo de la primera magistratura peruana, inaugurando el llamado Corredor Bioceánico —un conjunto de carreteras que unen los dos océanos, desde Santos hasta Mollendo y de allí a la China, y que tenía en el puente, la cereza de la torta.

“¡Hijos de puta!” —dicen que dijo como intuyendo desgracias, cuando en paños menores, salió del cuarto del resort donde pernoctaba a la espera de los demás invitados y del amanecer que llegaba y oyó el primer estruendo. Éste tuvo lugar a las 5:57 de la mañana. El segundo fue un minuto después: 5:58. Las torres de concreto no demoraron nada en convertirse en polvo y disolverse como azúcar impalpable en las aguas claras de la corriente.

Ocho kilos de C4 dijeron los expertos de la inteligencia peruana y brasileña en el informe preliminar que brindaron una semana después de la hecatombe fluvial. Al oír el segundo bombazo, Alan, rodeado de guardaespaldas que no entendían lo que pasaba, corrió hasta donde se alojaba Inacio Lula Da Silva, el ex y por dos veces presidente de *o mais grande país do mundo* y ahora firme candidato a suceder a Bai Ki Moon en la presidencia de la ONU. Lula descansaba en la habitación N° 13. Alan comentó a *The New York Times*: “Lula estaba dormido o con resaca. Mientras golpeaba frenéticamente la puerta para despertarlo, un coronelito llegó todo

transpirado con la noticia: habían volado el puente sobre el río Madre de Dios. Fue ahí donde dije “Hijos de puta” y no antes, como consignan algunos medios”.

La entrevista no tiene desperdicio, así que sigo transcribiéndola: “Al final, Lula abrió la puerta, me miró con cara indescifrable mientras yo le contaba lo sucedido. Su primera reacción fue balbucear “*filhos da puta*” y me pidió diez minutos para ducharse. Me encareció que le envíen un café bien cargado a su cuarto, guiñó un ojo y cerró la puerta”.

Dilma Rousseff, la futura presidenta de Brasil, había pernoctado en una *fazenda* del Acre y estaba a punto de partir rumbo a Perú cuando su *Iridium* sonó como un pájaro agorero. Según *Veja*, Dilma casi se desmaya cuando García le narró la tragedia. Según la misma fuente, fue ella la que lanzó una de las comparaciones más audaces pero no por ello inverosímil: “esto se parece a la irrupción de los zapatistas, justo un día antes de la vigencia del TLC”. Dilma, que supo asaltar bancos con las armas en la mano como buena guerrillera, dio en el clavo, según los lectores comprobarán más adelante.

Evo Morales y Álvaro García Linera, presidente y vicepresidentes bolivianos, se hallaban en la ciudad de Cobija, próxima a la frontera con Perú, también a punto de partir. La voz de Alan García sonó áspera pero sin poder ocultar un matiz de vergüenza, según confesó el vice a *Cambio*, un periódico de La Paz.

—Me dijo que habían volado el puente —relató días después Evo para la CNN— y que la inauguración se había cancelado. Que me esperaba para una conferencia de prensa con Lula y con la Dilma pero yo le dije que no iría, que lo enviaría a Álvaro que él está más comprometido con esas grandes obras de infraestructura y conoce mejor lo que es el IIRSA —declaró el primer presidente indígena de Bolivia.

En Puerto Maldonado, García Linera expresó que la voladura del puente era un gran retroceso para todo el proceso

de integración y el desarrollo de Sudamérica. —Ahora, nosotros haremos nuestro propio puente sobre el río Madre de Dios (el curso de agua es binacional. NdelR). Vamos a ver si con nosotros se animan a volarlo— se jactó.

En la conferencia de prensa de marras, el aire se cortaba a daga. Además de Alan, Lula, Dilma, García Linera, se encontraban presentes Luis Alberto Moreno, presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, Enrique García, presidente de la Corporación Andina de Fomento, y unos quinientos empresarios de una treintena de naciones. Los rostros iban de agrio a agrio oscuro. Un agro *businessman* argentino fue elocuente: “vinimos con ganas de comer y nos vamos con el cuchillo y el tenedor en los bolsillos. ¡Qué decepción más grande! ¿Cómo nos hace esto Alan García?”. La confusión también era evidente.

Alan García, por su parte, el rostro tallado a hachazos de furia, fue taxativo: “los responsables de este atentado serán perseguidos, serán enjuiciados, serán castigados, cueste lo que cueste. ¡Perros del Hortelano!” —espetó, reinstalando su famosa diatriba que lanzó contra los indios amazónicos del Perú, según él, los máximos opositores a los planes de desarrollo y el IIRSA. Pero esta vez, los acusados no eran los aborígenes, sino los miembros del CJH, el Comando Javier Heraud, el grupo de revoltosos más buscado de Sudamérica, el grupo de aguafiestas más buscado del planeta.

* * *

Si me permití tan extensa y florida introducción es porque el plato principal lo amerita. Sonó el teléfono de mi casa y tras dos combinaciones de vuelos regulares, un vuelo en una avioneta destartalada, catorce horas en jeep y dos días en canoa, obtuve lo inesperado: una entrevista con la compañera Amílcar, una de los miembros del enigmático (hasta ahora)

Comando Javier Heraud. Sé que es histórico este encuentro, así que lo transcribiré *in extenso*, de nada a los servicios de inteligencia.

—Antes que antes, antes que nada, quisiera hacer una primera pregunta de rigor y de memorioso: ¿el nombre del comando es un homenaje al autor de *Yo no me río de la muerte*?

—Sí, obviamente. Creímos que era la mejor manera de dignificar y honrar a un colega que había sido asesinado en el mismísimo Puerto Maldonado.

—Es inevitable... entonces... ¿por eso volaron el puente? ¿Un homenaje al poeta Javier Heraud?

—De alguna manera sí, es un tributo a su memoria, porque igual que Javier somos poetas pero, en realidad, al puente no lo volamos por él, lo volamos por los pueblos de la selva y por antiestético.

—¿Por antiestético? Aclare por favor...

—Sí, ¿a quién se le ocurre hacer un puente sobre un río tan bello para que pasen mil quinientos camiones por día cargados de soya transgénica, producida en territorios donde antes había selva que ha sido devastada y donde antes vivían compañeros indios que han sido aniquilados y sufrido genocidio?

Es la respuesta más extraña que haya esperado encontrar en mi vida, así que la cosa merece contextualizarse un poco más.

Tardé cinco días en llegar aquí, o sea al lugar donde entrevisté a Amílcar. Me animé a hacerlo porqué cuando les pregunté *por-qué-justo-yo-para-la-entrevista-masbuscada-de-laTierra*, me dijeron: usted no es radical, pero es sensible, y eso me convenció. Deben ser buena gente, pensé, confieso, y tomé el primer avión. Ahora estoy en “algún lugar del mundo” y frente mío la compañera Amílcar (¿Por qué si eres mujer llevas nombre de varón? Líneas de fuga, hermano,

avispa, orquídea, gato...estoy cansada de cien mil años de capitalismo, cien mil años de hipocresía, cien mil años de genocidio... y aparte por Amílcar Cabral, ¿te queda claro?), que viste casi como yo —un pantalón de algodón, una polera (la mía tiene impreso a Bob Marley; la suya, en cambio, es de tela estampada de camuflaje de selva), zapatillas (las mías son Nike originales; las suyas, una imitación taiwanesa)—pero que, supongo, y de antemano, estamos en antípodas ideológicas, por eso le pregunto y a rajatabla si no están reiniciando “la guerra popular y prolongada” en la selva:

—Nada que ver. Ese tipo de enfrentamiento estuvo bien para Mao y estuvo bien para China a la mitad del siglo XX. Nosotros, viejo, no somos maoístas, me hace mear de la risa la CIA cuando dicen que somos Sendero Luminoso. Respetamos a Sendero, siglo XX, Perú, pero nosotros, ya lo dije, somos poetas, siglo XXI, aquí y ahora, poetas...

Poetas. Poetas. Poetas. Mi cabeza se dispara a seis mil millones de años luz para tratar de entender. Impactan sobre mi Maiakovski, Artaud, Urondo. Pregunto:

—Poetas que asumen la lucha armada... digo ¿como Javier Heraud?

—No. Poetas que hacemos poesía como más y mejor nos nutra la poética de donde mamamos, de donde podemos mamar. Ya te lo he dicho, chico, nos cansamos de tanta estupidez y tanto desgarro. Creemos que lo del puente es, por sobre todo, un hecho estético. Un poema, su voladura. Escribimos sobre la piel del mundo, un poema. Raspamos ese poema de toda esa voráGINE descabellada, nos sumergimos en el río para encontrarlo... un poema contra los anti-poetas, los anti-poemas, los anti-mundo. No tuvimos miedo de morir...

—“entre árboles y pájaros”, ¡el poema de Heraud!

—¡Claro, pues!... si tuviéramos miedo de morir en la selva, nunca hubiéramos volado ese puente de mierda pero

lo volamos y bueno... aquí estamos, ¿qué más quieres que te responda?— se levanta de su silla y me pregunta si quiero café o alguna hierba para hervir que no me acuerdo el nombre y yo la miro y sé que estoy frente a la jefa de los buzos que se volaron el puente en Puerto Maldonado: la mujer, el hombre (Compañera Amílcar es un compuesto andrógino por decir algo), más buscado de los más buscados del mundo por todos los que defienden el mundo tal como es y que seguirá empeorando, eso es seguro.

* * *

Todos se preguntan cómo volaron el puente y estoy frente a la jefa de los buzos operativos que lo reventó, así que le lanzo sin tapujos:

—Che, ¿lo volaron con C4?

—No... con TNT, clásico.

Me explica —es ardua la técnica— que lo combinaron con nitrato amónico porque sabe absorber agua y era lo mejor, dadas las circunstancias.

—Mira, el tema no son los explosivos, tenemos una capacidad ilimitada de producirlos, un químico austríaco, solidario el tipo, era ecologista el hombre y el último ciervo de Austria se murió entre sus manos y se decepcionó del sistema y se contactó con nosotros. El puede fabricar la bomba atómica si quisiera pero, desde ya, eso está descartado por motivos éticos. El nos enseñó todo sobre demoliciones. Hicimos un curso con el WaynaIllapa, así le bautizamos con su nombre de guerra (NdelR: pequeño rayo en los Andes) en una playa del río Inambari...

Me sacudo de mi ensimismamiento: estoy frente a una que dice ser poeta y pone bombas, destruye puentes... le pregunto, secamente, y me enojo:

—Está bien, TNT, el austriaco y todo el rollo, pero decime: ¿Qué carajo tiene que ver todo esto con la poesía?

Ella, ella es capaz de cualquier cosa (al fin y al cabo, había volado el puente del IIRSA, de los empresarios más poderosos de Sudamérica, de los gobiernos que los secundan, de los bancos multilaterales que los financian... recuerdo las caras largas de Alan, de Lula, el sin rubor de García Linera... ¡habían demolido el puente! Y yo con ella, en algún lugar del mundo, ¡entrevistándola!) y me contestó:

—Rimbaud.

Me puse violeta, sentí caracoles o estampidas o que se yo.

—Rimbaud, cojudo. La voladura del puente yo la hice por Rimbaud, no por Heraud. Es algo personal, por si acaso: la hice *contra* Rimbaud.

Ella/el, *entons*, me explica porqué y habla pestes contra el Arthur de Abisinia traficando cuerpos y muriéndose de su propia gangrena antipoética y porqué una cosa es llamarse Comando Javier Heraud y otra cosa, muy diferente, es hacer un ataque pensando en o en homenaje a JH:

—El pibe se vino a morir a la selva y eso es conmovedor, lacerante y conmovedor. Pero yo no quiero morir y menos en la selva. La selva es de los indios y de nadie más. La idea de volar el puente tiene un solo mensaje: NO PASARÁN. Nadie más que los originarios de la selva deberían vivir en la selva...

Cortante, precisa, elocuente. Le empiezo a creer a Amílcar.

* * *

Imagina una selva sin árboles: es imposible. No sería una selva. Imagina una selva quitándole todo lo que no vino de la selva, es decir, para empezar a los que arrancan o queman árboles, y después las carreteras, la ropa que usa la gente, los televisores, las ciudades donde vive esa gente con sus televi-

sores, las vacas, los hijos de puta que meten vacas en la selva después de tumbarla, y beben whisky y son dirigentes políticos y cuando tienen poder y cuando no lo tienen también, matan indios y matan gente pobre y todo lo demás también. Si pudiéramos hacer *rewind*, nos hallaríamos deseando sólo la selva con árboles, con ríos, con tapires, con indios y con algunos hombres y mujeres que aman a la selva y con nadie más. Más o menos así es el proyecto político, digo poético, de Amílcar y sus compañeros. Más o menos así. Creo, con la compañera Amílcar, que si es selva debería haber árboles, que si no, no sería selva. Un lugar sin árboles que cosa sería: ¿un desierto acaso? Vean el Acre brasileño, por si dudan.

* * *

La entrevista tiene lugar en una choza en... ¡el fin del mundo! Pero, hay signos culturales que me inquietan y por eso pregunto, por un algo así como un altarcito que veo entre las ramas donde entre piedritas (reconozco un jade) y plantitas (¿serán mágicas?) veo cuatro fotos: uno es Chico Mendes, lo veo nítido con su eterna sonrisa, el mártir ecologista de ¿otro planeta?

—No, hermano, nosotros no somos ni Avatar ni menos de Saturno, esas son pajas... nosotros somos de acá— me esputa Amílcar, casi con desprecio. Puede ser despreciable, lo asumo.

—Sí, el del medio es Chico, muy inspirador. Si nosotros hubiéramos estado activos cuando luchaba, no dudes que lo hubiéramos defendido y tal vez hoy fuera uno de nuestros dirigentes... aunque andá a saber si hubiera aprobado lo del puente...

¡Qué osadía, carajo! Pero lo pienso a Chico vivo —así no hubiese estado de acuerdo con volar el puente— y me complace más que saberlo muerto, asesinado por los hijos de puta de

siempre... mierda, desconfío de mí, ¿será que me han drogado estos locos?

—A la izquierda de Chico, y no tiene connotaciones de ninguna clase por si acaso eso de la izquierda (en mi atolladero mental lo pienso pero Amílcar se encarga de connotarlo), están Quintín Lame y Jaime Bateman, dos de Colombia, dos de ese lado— veo un arco iris de ilusiones mezcladas, veo el fin del mundo donde estoy y me empieza a parecer un lugar agradable, no veo, veo, no veo, veo, siento...

—y a la derecha, esta él...

Y lo veo, martirizado, acribillado, irremediablemente muerto.

—Javier Heraud... Los poetas también tenemos derecho a sublevarnos.

* * *

El 21 de junio de 2011, el Comando Javier Heraud voló el puente sobre el río Madre de Dios. Le aguyó la fiesta a Alan García, a Dilma, a Lula, a Evo, a los empresarios del mundo uníos que hay que conquistar la Amazonía. Dicen que casi todos dijeron lo mismo: ¡qué hijos de puta cómo nos van a volar el puente que queríamos tanto! (¡Como a Glenda!) ¡Cómo nos van a demoler nuestros sueños de ser suizos o noruegos o una manga de imbéciles y traidores con derrota y sin destino?

* * *

Hoy, ¿es el día de ayer? y yo no sé si estoy en la choza hablando con Amílcar o donde estoy. De lo único que estoy consciente es que han demolido el puto puente. Lo demás me importa un carajo. Mañana es mejor.

Río Abajo, 11 de octubre de 2010

En Marcha

Los peces

Río adentro
Donde ya no hay hombres
Ellos son monarcas
No sólo de las aguas
Que entibian con sus ojos
Son los señores de todos los destinos
Por eso parlan con la luna
Sus asuntos de cenizas idas, sus vientos
Sus mundos antiguos, sin nombre
Sus líquidos planetas
Burbujeantes de alegría

Río adentro
Donde ya no hay sombras
Ellos tienen un rey que no los tiraniza
Entre ellos reyes
Casaré le dicen los tsimane'
Y cuando salta, cuando se eleva
Cuando es nomás lo que es
Es flecha que hechiza el centro del aire
Es una marca, una huella al infinito
Cuando lo he visto, enmudecí

A veces no hay palabras, es difícil
Contar de un rayo de extraña belleza
Otras veces no hace falta
Decir nada, escribir tampoco
Algunas cosas no hay necesidad
De anotarlas, de nombrarlas
Flotan y nadan en el universo, fluyen y vagan
Uno los ve, las aguas se agitan
Uno los ve, deja la congoja a un lado
Uno los ve –ve a los peces– y se olvida.

Río Abajo, 27 de enero de 2012

Cazador

*a Germán Caity,
T'simane*

Germán es el mejor cazador del mundo
Es capaz de todo con tal de venir al campamento y decir
“aquí hay jochi” “dónde mierda está la sal” “a comer”, cosas
así

Encender el fuego y echarlo al jochi a las brasas
Dorarlo con medio limón y con ganas
Y comerlo antes que todos los ogros
Y los espíritus atravesados del monte
Vengan y se coman al jochi, a su jochi

Germán aprendió que todos los jochis del mundo
Tienen dueño –el jichi de los jochis
No hay jochi que no tenga jichi, su jichi
Ni nada en la selva deja de poseerlo
Por eso aviva el fuego y lo cocina rápido
Cuidado venga el jichi –el dueño
Y se lo quite y se lo coma él
Cuidado venga el jichi y lo regañe

Le diga: mira, Germán, para que te quede claro
TODOS LOS JOCHIS SON MIOS

Y vos, pendejo, me los andás cazando por ahí
Y para colmo los estás asando con tus amigos y te los querés
comer
Como si fueran tuyos, como si fueran tus jochis

Germán no es pendejo, es fiel y sabe que al jichi
Hay que ofrendarlo, hay que agasajarlo, respetarlo
Entonces cada vez que va de cacería
–Desde los tiempos antiguos es así–
Él le pide permiso al jichi, lo convence para que lo lleve
hasta el jochi
Hasta sus jochis

Entonces ofrenda y va, ofrenda y hace su senda, un día, dos
días
Va, hace su espera, ofrenda, fuma, un día, tres días
Va, lo espera, fuma, coquea, ofrenda, espera
Aparece el jochi –que le entrega el jichi de toda la Tierra
El amo de todos los animales y ¡zas! lo atrapa
Vuelve rapidito, contento como si hubiera conocido mujer

Vuelve, más rápido lo cocina, y luego grita
“aquí hay jochi” “a comer” cosas así
“¿dónde mierda está la sal?”
Y se siente tremendamente feliz
Porque ningún ogro ningún diablo ni menos ningún dios
–que está en el cielo pero quien sabe–
Se comieron su comida, su jochi

Sucede que Germán –el mejor cazador del mundo
A veces le da algo, algo como duda
–esa jactancia absurda que tenemos nosotros–
A veces le da por sentir si acaso el jichi sea más potente
Que sus ojos, que sus flechas

Si acaso el jichi –como dicen los sermones que embadurnan
su piel
Tenga razón

El conoce como a su cuerpo la selva
Y la selva, hermano, no es joda
Y él sabe que dudar del jichi
Eso sí: te mata, eso sí: te mueres

Por eso, supera la duda, ese algo como duda
Y sólo termina confiando en la flecha en el jichi en el jochi
mismo que flechea
Por eso le agradece al jichi y al jochi cada vez que se lo
come
Teme antes del primer bocado que el jichi venga y se lo
quite
–Quinientos años de agresión no son en vano–
Pero cuando lo mete a la boca –con la sal, carajo, que apare-
ció por algún lado
Le agradece al jochi y al jichi, al jichi y al jochi
Al jochi por comérselo
Al jichi por cazarlo

TODOS LOS JOCHIS SON TUYOS
Le dice el jichi al oído a Germán
Cuando lo está masticando
Cuando con sal o sin sal, lo seguirá masticando.

Río Abajo, 24 de noviembre de 2011

La solución final

Habría que considerar primero a dónde meterlos: un museo, una caja, un barrio en la periferia de Santa Cruz o de Buenos Aires o Miami –mejor Miami, de una vez; Obama puede pagar los pasajes–, un cementerio, una jaulita, una página web.

A los Pacahuaras, que son bien poquitos, podrían meterlos en una cabina telefónica o en un Volkswagen violeta.

Los Araonas –unos 100 sobrevivientes del genocidio de la época del caucho– pueden ser colocados en un gimnasio o en un restaurante chino, corriendo las mesas y los jarrones para hacer espacio. Luego, comerían chop suey y pastelitos de tofú; no yuca y jochi pintao, como comen siempre.

A los Yuquis, los podríamos meter detrás de un biombo persa o en un crucero de tres pisos de esos que van por el Caribe, así van pescando tiburones y divirtiéndose a lo loco. Si se aburren, se van al casino o ven una película de Rambo o hablan del clima con el capitán.

Los chimanes son más. Algunos podrían ser llevados hasta Quetena, en las punas de Sud Lípez, donde hay poca gente, y hacen faltan más patriotas en la frontera. Otros pueden caber en un cohete japonés teledirigido o en un Airbus,

de esos nuevos, para 700 pasajeros. No tendrían problemas de cacería, de sobrevivencia, de nada, porque la azafata vendría a cada rato con bocaditos de atún y pepinillos y con vasos de whisky escocés o vodka ruso, como ellos quieran de acuerdo a consulta previa.

Hay que respetar, bien respetado, eso de la consulta previa. Yo dije whisky o vodka por decir, si alguno quiere ron cubano o un caramelo de menta o un paracaídas para bajarse del avión, para eso está la dichosa consulta.

La cosa hay que pensarla bien, planificarla mejor.

Esto que están “descubriendo” los del gobierno –que “los TIPNIS” viven para la mierda- es muy grave.

Imaginen lo que alguien publicó: que el lugar donde viven, o sea la selva del TIPNIS, está lleno de bichos (mosquitos, boros, larvas de mosca, parásitos de los ríos, arañas, chulupis, hormigas, serpientes y tigres). Es algo inconcebible: ¿cómo se puede vivir así? Tienen razón los que dicen que esta gente vive para la mierda.

Algo habrá que hacer.

Algún ingenuo puede creer que el tema de los bichos se puede solucionar fácil: dándoles Baygón a los TIPNIS. Y una Uzi para que maten a todos los tigres. No es tan fácil. Digamos que acaben con todos los tristes tigres pero ¿van a poder terminar con todas las hormigas? Estos bichos son miles de millones, que digo: son miles de miles de millones y se reproducen segundo a segundo.

Mao quiso acabar con todas las hormigas de China, y un día, mil millones de chinos se pusieron a pisar hormigas –por orden de Mao, claro. Mao daba una orden y ¡guay! que un chino o china no la cumpliera. Bueno, pero la cosa es que no pudieron. Ese día mataron 231 mil millones de hormigas; cada chino, descontando a los bebés que obviamente estaban exentos de la labor, aniquilaron promedio unas 800 hormigas cada uno. Vayan a ver qué pasa hoy en China: ¡sigue lleno

de hormigas! ¿Quién puede creer que los TIPNIS, que son tan pocos, vayan a poder con sus hormigas? Está claro que así no hacemos nada, y que los beneficios de la civilización, del progreso y de la justicia social tampoco van a llegar a los TIPNIS, así que hay que pensar en soluciones más de fondo, soluciones de verdad.

A los TIPNIS los podríamos meter en una galería de arte –ahora que son bien conocidos, remarketiners. En una galería donde no haya hormigas, claro.

A los Chácobos se los puede enviar a Amsterdam, que son buena gente y tienen una ley que prohíbe el canibalismo. Por otra parte, un amigo que vive allí me dijo que casi no hay hormigas en Holanda.

Me olvidaba de los Yaminawas, que por suerte también son bien poquitos. Ellos estarían felices en la cafetería de algún aeropuerto o en una fotografía. En la foto, seguro que no habrá hormigas. A la cafetería habría que revisarla bien, minuciosamente, con cuidado, ¿eh?

Hay que buscar una solución final para esta gente que vive –pobrecita– en medio de la selva. ¿Quién hablaba de “solución final”? ¿Mick Jagger? No. ¿La Madre Teresa de Calcuta? Tampoco. No me acuerdo ahora –¿García Márquez?– pero no puede ser que los TIPNIS no tengan computadoras Apple ni tostadoras de pan, no tengan lavarropas atómicos ni perfumes franceses, canchas de golf con césped sintético ni corbatas de seda. Todo por vivir en un lugar que además está lleno de hormigas. ¿Si los metemos encima de un iceberg con pingüinos? ¿O en una pollería?

Un ingeniero ideoso y voluntarioso me escribió un correo diciéndome que una solución definitiva puede ser tirar abajo todos los árboles y pavimentar la zona, y construir una playa de estacionamiento de 132.000 kilómetros cuadrados que inclusive sería, según él, la más grande del mundo. No estaría mal. Buena publicidad. ¡O maior praia

do estacionamiento do Mundo! Le pedí al ingeniero –es un tipo muy serio que trabaja para la Petrobrás- que me mande números, cuidado que nos pase como a los chinos y al Gran Timonel.

Números, ejemplos: ¿Cuántos días necesitamos para arrancar todas las plantas, plantitas, yuyos, chumeríos y malezas? ¿Qué hacemos después con toda esa basura? Habría que hacer un pozo bien hondo, donde meter todo. El pozo: ¿cuán profundo? Y... cuanto más profundo mejor, porque así se pueden enterrar otras cosas. Hay que pensar siempre en grande. Después: ¿Cuánto asfalto precisamos para cubrir toda el área? Si la capa asfáltica es, digamos, de dos metros x 132.000 Km², ¿será que tenemos tanto asfalto? Si no nos alcanza, podemos llevar piedras. Eso tenemos mucho. Podemos cortar en dos al Illimani, y llevar toda esa piedra hasta allá, y con eso tapamos todo, y listo como diría mi amigo Nicolás. Esperaremos lo que me dice el Inge, porque estas cuestiones técnicas no hay que tomarlas a la ligera.

Bien visto, eso de pavimentar toda la selva tiene una ventaja. A los indios no habría que meterlos en ningún otro lado, los ponemos encima de la playa de estacionamiento y sanseacabó el problema. Así dejarían de ser un estorbo y un obstáculo: a un ladito, los coches. A otro ladito, ellos. Se van a aprender de memoria todas las marcas de los carros y aparte van a estar chochos de contentos porque ninguna hormiga los va a joder nunca más. Todos tenemos un lindo lugar que ocupar bajo el sol del desarrollo.

La Plata-Argentina, 19 de octubre de 2011

Belisario

Arena. Un desparramo de chozas. Matorrales. Huellas. Aves de plumaje negro. Solazo. El humo pegajoso, de chaqueo. Calor: son las ocho de la mañana. Arena, tus pies que la recorren. Arena, mucha arena: espesa, sentenciosa. Ceniza de chaco, cenizas. Matorrales. Aves negras que revolotean. Hormigas. Caravanas de hormigas, ejércitos. Voy buscando el río. Maniqui lo llaman. Estoy cerca. No lo huelo. Conozco: no es la primera vez que vengo por este sitio. Pero siempre arribé de noche. O en bote o en coche. Ahora camino por la arena y el sol que quema y me estrella contra la realidad del mundo a las ocho de la mañana. Arena, más arena. Hormigas, huellas. De pronto, detrás de unos cañaverales verde relucientes, aparece. Es una sombra o un tigre, no lo sé. Es una sombra y un tigre. Ahora lo sé: es Belisario.

Ya lo anoté en otra parte: eso que llevábamos en la sangre se llama destino. Podés negarlo o tatuarte, podés irte hasta Borneo o a la misma mierda: él te seguirá siempre. Ahora que escribo, me pregunto y digo: ¿por qué a mí, justo a mí, me persiguen estas historias que narro? A veces quisiera ser de níquel o volverme una lata de sardinas. A veces, también sucede, me sueño un soldado de San Martín o de Gengis

Kan, cruzando una cordillera. No deliro con combates, sino con esas largas marchas entre el frío y tus pensamientos, entre el frío y tus sentimientos. Esa poética de los chinos que nosotros apenas arañamos: el soldado que camina y camina y, entre los glaciares que avista y los precipicios que quieren devorarlo, va acordándose de sus amigos, y camina y camina, y la nieve lo azota y la sed lo ciega, y cuando ya no puede más, ya resbala, ya se cae, ya la vida se le escapa de su pecho, siente que está con ellos, bebiendo el vino bueno de su compañía y el vino añejo de los lagares de su pueblo, y entonces resucita, se alza y se proclama a sí mismo: seguirá a mi señor y libraré mil batallas y mil más, pero luego atravesaré cada uno de los desiertos y todas las cordilleras que me hagan falta para volver a verlos. El que tiene un sueño, no muere. El que acaricia un anhelo, y lo cuida, nunca está solo.

Belisario es un indio chimán. Nació hace cien mil años, como todos los de su pueblo. En 1693, sacerdotes que llegaron cruzando el océano, fundaron la misión de San Francisco de Borja, en medio de una llanura brava, llena de pantanos donde moraban caimanes tan grandes como ballenas y serpientes con tanto veneno como para paralizar una ciudad entera. Los chimanes ya habían comprendido el lenguaje del agua, *chiyeja' mo' ojñi'*. Cuando ocurrió la invasión, pidieron amparo al río. Maniqui lo llaman. Pidieron amparo al dueño del río, a su *jichi*. Lo hicieron hablando el lenguaje del agua. Los invasores lo desconocían. Con el permiso del amo de las corrientes, se fueron –río arriba– lo suficientemente lejos de los curas, para que ellos se olvidaran. Y lo lograron por muchos siglos. Pero ellos, los chimanes, nunca olvidaron. Belisario, al menos, no. No se olvidó. Les impusieron los nombres pero no terminaron de robarles el alma. Y así te cuenta, Belico, y así te habla el Beli, así te habla –tal vez por eso mismo: para que no te olvides, para que no lo olvides,

para que no nos olvidemos, entre tantas otras cosas, que el agua habla.

El destino que apareció entre la arena y las cañas se llamaba Belisario. Menudo, el hombre. Ágil, como pantera, se nota, destaca. Alegre, sonríe como si hubiese ganado la lotería. Locuaz, carajo. Me habla y me habla: ¿por qué? ¿Por qué a mí, justo a mí? Vengo a verlo desde tan cerca —mi historia, la de mi tribu, mi ciudad, mi patria, mi mundo, mi galaxia, tienen apenas cinco milenios y lo único dichoso que carga fue abrirme los ojos— que, ahora que escribo, sigo preguntándome. ¿Es el destino? Mejor: ¿es el destino que compartimos? ¿Podemos compartir algo? ¿Podemos conjugar algo tan denso como eso, como el destino? A veces, siento que sí. Vuelvo a soñarme el soldado aquel, que camina y camina sin horizontes —un guerrero es una araña que avanza ciega en medio de la oscuridad, dijo un ser que nunca se rindió—, pero ahora, cuando me vuelva a soñar, me soñaré además con Belisario, caminando a mi lado, la sombra y el tigre, huellas y hormigas en el arenal:

—Ahora, voy a hacer flechas— me dice así simplemente, así como alguien te afirma que va a ir a amasar pan, así como pudo haber hablado Jeremías.

La tiene tan clara. Dos días atrás, nada, la policía del gobierno, a unos kilómetros de donde estamos caminando y hablando, había rodeado el campamento de unos indígenas que vienen marchando, caminando y caminando, en defensa de sus territorios y sus derechos. Vaya palabras. Belisario las entiendo a su modo. Hacen ya 21 años, el mismo marchó junto a una compañera invencible: la historia. Fue la primera marcha indígena de los pueblos originarios de la Amazonía de lo que hoy es Bolivia.

—Fui con mi padre y con mi hermano...— y baja su mano hasta casi tocar el suelo. Eran unos niños, como los cientos que itineran ahora junto con sus padres o madres. La

historia para los indios no es como aseguraba Hegel: se repite, sí, pero ni como tragedia ni menos como farsa. Se repite, simplemente, como lucha. Ahora, en esta nueva marcha, son sus hijos los que están marchando.

—Pedro y Onofre— me dice sus nombres por el motivo más simple y más profundo de todos: para que los salude, para que les diga que él está bien, y que empezará a fabricar flechas.

El mundo, a veces, es un lazo de sutilezas, un lugar gentil donde uno puede sentirse feliz. Le cuento que ayer, justo ayer, alguien —un jefe, un responsable— me había pedido que consiguiera ropa y sábana para un grupo de flecheros. Durante la redada policial, ellos habían intentado resistir y, en el desbande, habían perdido todo. Todo: esas dos pilchas que llevan siempre los que van y vienen. Eran 4. Pedro y Onofre eran parte del grupo. Conozco a tus hijos, le digo, son muy valientes, y el sol de adentro que le sale a Belisario rivaliza con el sol de arriba. Lo que no le conté es que ayer, justo ayer, mientras estábamos procurando la ropa para los flecheros, recibí una llamada inesperada, desde el otro lado del planeta: era Sydney Possuelo, desde Nueva Zelandia. El mundo, a veces, es pródigo cuando lo vives sin esperar de él otra recompensa que vivirlo nomás.

Como diría Perón, cual música maravillosa, llevo en mis oídos todas las palabras conversadas con Belisario. Las anoto lo mejor que puedo ya que sigo interrogándome acerca de si yo debía ser efectivamente el destinatario. Estamos acostumbrados al ruido insidioso de las ciudades, donde hablar no cuesta nada (Vean la televisión y los discursos de los políticos) y cuando lo que te cuentan, rompe la cera de mentiras que busca encapsularte, el efecto es epifánico pero, a la vez, devastador. ¿Dónde poner tanta verdad? ¿Cómo escribirla? Los antiguos druidas sabían que había palabras que jamás deberían ser pronunciadas; su extrema belleza o su po-

tencia demoledora podían arrasar la tierra. Por eso, ellos se refugiaban en los bosques, en lo profundo de las montañas. Sólo allí esas palabras podían ser dichas, combinadas, oídas. Dicen que así sobrevivieron los arcanos y las palabras que los convocan. Los chimanes, al replegarse a las honduras de la selva, conservaron lo mismo, el mismo fuego que no debería apagarse jamás. Ya no hay bardos que deambulen por las florestas de Irlanda o de Gales, los guardianes de los robles han desaparecido junto con los árboles sagrados. Los chimanes, nuestra propia versión de lo druídico -¿acaso no son magos aquellos que saben los secretos vegetales de la selva? ¿Acaso no son poetas los que pueden hablar con las aguas?- desaparecerán también si su territorio y su río, si su bosque y sus plantas, son pavimentadas, destrozadas por la construcción de una carretera. Dime: ¿cómo hablas con el macadán? Dime: ¿de qué puedes hablar? Se perderá cualquier rastro, se perderá todo ritual.

Eso Belisario lo sabe. Como si yo fuera el gran cuenco que estaba esperando para sus palabras, el me sigue contando.

—Ya estuve en guerra— me afirma tan rotundo que ahora sí: es Jeremías transmutado. Sus labios vomitan verdades sin contraste. Apenas puedo soportar tanto aluvión. ¿Ustedes se imaginan el daño que le hicimos a esta gente, me refiero a los pueblos indígenas de la Amazonía? No, no se imaginan. Lo peor de todo es que les seguimos haciendo un daño sin medidas como el que mostraron las imágenes de la represión al campamento de los marchistas. Y luego, en medio de una ira evidente, alguien —un jefe, un responsable— pide disculpas por lo sucedido. ¿Se puede pedir disculpas por tratar a la gente como animales? Habría que empezar por pedirle disculpas a los propios animales por tratarlos así: acorralarlos, asustarlos, patearlos, golpearlos ¿Se puede pedir disculpas por amordazar a las mujeres y arrastrarlas como si fueran de trapo? No, ya no hay lugar para las disculpas, el único acto

sincero para con los indios amazónicos es reparar todo ese daño, es acabar con la injusticia histórica, es dejarlos vivir en paz en suma. No podemos forzar más el desenlace de su destino. O respetamos sus derechos o resistirán. Son guerreros congelados por siglos de imposiciones...

—Ya estuve en guerra —y Belisario me cuenta de la masacre de Porvenir, el 2008—, había ido a castañear, estuve oculto dos semanas en la selva, comiendo fruta.

—¿Por qué no has ido a la marcha?— lo que me contesta es sorprendente pero yo le creo, por muchos motivos le creo.

—Porque soy muy flechero...— no me queda aire para decir más nada. Hormigas, huellas, héroes: hombres y mujeres que marchan. Vuelvo a La Paz. Entre el polvo del camino, y cuando más me machaca el tracatrac de las circunstancias, vuelvo a ensoñarme, y ahora lo veo allí al Belisario, caminando juntos, la sombra y el tigre: Belisario, él que me acompaña, el que me cuida, el que me ampara.

El destino

Vivimos días muy intensos. Cargados de sentimientos. Cuando hay acción, hay emoción –me decía mi amigo Coco Pinelo. Es así: nacimos para correr detrás de los mamuts, nuestra genética como especie abreva allí: en el fondo de una caverna, y no precisamente la de Platón. Una caverna oscura en el medio de una selva. De allí viene Lucy, de allí venimos todos. Cinco millones de años que somos lo que somos, o a decir verdad: más o menos lo que somos. Porque hace unos 5000 años, o sea nada, algo hizo ¡crac!, ¡bum!, ¡cataplum! Algo pasó.

Burroughs –el autor de ese libro tan temido titulado El almuerzo desnudo- decía a quien quisiera oírlo que lo que ocurrió fue un severo cataclismo, un gran despelote cósmico, tal vez lo que la Biblia denominó como el diluvio universal. No sabemos. Burroughs lo explicó también como una hecatombe neuronal, psíquica. Algo pasó afuera que nos afectó adentro, bien adentro: en el cerebro.

Es la madre de todas las batallas: unos, algunos, ¿todos? pasamos a ser secuestrados, dominados y depender del hemisferio izquierdo del núcleo nervioso. Allí, del lado zurdo, mandan las palabras, la lógica, los números. Allí anidan la

razón y todos sus monstruos, Isidoro Ducasse y el infinito malo. Allí está el origen del orden, del poder, de la deshumanización. Allí se oculta nuestra propia versión de Hitler.

El hemisferio derecho, por el contrario, nos conectaba con la naturaleza, con la música, con lo que no se puede nombrar, con el misterio insondable que siempre nos rodeó y su estética, con los volcanes, también con el mamut y con correr detrás de él. Allí está esperando nuestro Toro Sentado.

Restrepo secuencia eso: es el paso del paleolítico al neolítico. O sea, un poco más atrás de los 5000 años anotados —que son la distancia al primer escrito sumerio. Neolítico: el día aquel que empezamos a domesticar las amapolas y las ovejas. Ese día: El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado, sentenciaría Engels en 1884. Cuando dejamos atrás, dice Federico, el salvajismo y la barbarie (¿el comunismo primitivo?) y nos sumergimos, tan recios, en la civilización (¿el modo de producción asiático?); la civilización que, en estrategia siempre ascendente, llegará al comunismo (¿del comunismo primitivo al comunismo?) y a la felicidad y bla, bla, bla.

En el fondo, ¿qué sabemos? El mismo Engels escribió que no tenemos testimonios directos de la época donde los hombres vivíamos encima de los árboles y comíamos frutas, nueces y raíces, “la infancia del género humano”, “el estadio inferior del salvajismo”. ¿Seríamos felices? ¡Andá a saber, che! ¿Será por ese dejavú que cuando somos niños no hay cosa que nos fascine más que hacer casas entre las ramas? ¿Será por eso mismo que luego, un poco más crecidos, nos encanta lanzarnos a las inmensidades, tender una carpa, encender un fuego y asar un pez mientras alguien cerca de nosotros toca la armónica y otro va detrás de los líquenes y los caracoles? ¿Será que el hemisferio derecho se activa a veces y volvemos a sentir como sentían nuestros ancestros? ¿Qué será?

Sé que hay montones de tratados muy serios, científicos, que tratan de explicar eso, pero no los he leído. La poesía debe ser el último residuo de ese mundo antiguo donde todos vivíamos más o menos como Nuestra Madre Universal nos había parido. La poesía es, en su belleza inabarcable, la expresión de esa gran nostalgia por ese mundo que perdimos. La Biblia lo anotó también, a su manera: era el Paraíso, donde vivían los primeros seres humanos. Una historia potente: ¿a quién no le cae bien su primera parte, la del primer hombre –Adán, de Sorata, dijo el genial Villamil de Rada– y esa mujer llamada Eva, viviendo en bolas a lo Woodstock, comiendo esas mismas frutas de las que hablaba Engels, hasta que viene la parte donde ella mordió el aguacate prohibido, y oh My God, nos botaron a todos y en vez del Edén terminamos encerrados en las ciudades? ¿Será el destino? ¿Qué será?

Es un sino trágico, desde ya. Y un montón de remordimiento lo enchastra todo, como caramelo derretido. ¿Cómo somos tan cojudos de haber perdido el Paraíso? Por algo, y por eso, la búsqueda del Paraíso en la Tierra fue el motor más grande de la historia occidental. Las cruzadas a Jerusalén, los viajes de los caravaneros a China y la conquista de América se explican por ese motivo. Cuando Colón vio a las mujeres que poblaban las Antillas, no dudó que eran las descendientes de Eva. ¿Qué será lo que lo hecho todo a perder? ¿Esos podridos poderes de los que canta Caetano? ¿Será que nunca faremos/ Senão confirmar/ A incompetencia/ Da América católica/ Que sempre precisará/ De ridículos tiranos/ Será, será, que será?

¿Será el destino? ¿Serán esos tajos psicóticos a los que alude Restrepo por donde nos evadimos y queremos escaparnos, siempre escaparnos? ¿O será que ese NO era nuestro destino? Y lo que sea que pasó –Burroughs dixit–, ¿torció la línea de lo que debería haber sido el destino de la especie,

ese destino que vivimos por millones de años y que empezó a desbarrancarse tan sólo cinco milenios atrás?

Esto le gustaría a Roby Arlt: nos domesticamos, nos domesticaron, hermano. Dejamos de correr a los mamuts. Ahora corremos detrás del dinero. Un día traducimos con el Mathias: Lo que se odia del indio es el sol / El árbol se odia del indio/ El río se odia del indio/ El cuerpo a cuerpo con la vida se odia del indio/ Lo que se odia del indio es la permanencia de la infancia/ Es la libertad plena lo que se odia del indio. Es el final de un poema del brasileño Reynaldo Jardim.

Este es el final de lo que quería decir: tal vez nuestro destino era la libertad y ¡crac!, ¡bum!, ¡cataplum!, algo pasó, algo que hasta hoy no comprendemos o lo vemos, lo intuimos, lo sentimos pero no somos capaces de volver a tomarlo entre nuestras manos... Un brillo, un aletear, el silencio... ¡Andá a saber, che!

Río Abajo, 12 de septiembre de 2011

Oscar, cazador americano

*Cuando yo sea hombre
entonces seré un cazador.
Indios Kwakiutl*

Más allá del dolor, ¿qué hay? Más acá del destino, ¿qué habrá? Yo no lo sé pero me encontré con Oscar –su nombre impuesto– y me empecé a hacer estas preguntas, y cien más, miles, muchas, y siento que, al menos esta vez, al menos frente a él, no me importan demasiado las respuestas. Siento que tal vez no haya respuestas, no puede haberlas desde tanta abolición padecida, desde ese más allá del dolor, desde ese donde viene Oscar.

Cuando nos reconocimos por primera vez, la atracción fue inmediata. Supe sin dudarle un segundo, sin fisuras en mi corazón, sin dolor, sin pena, sin culpa, que estaba frente al último cazador, el último en su estirpe, el último entre los últimos, y él me devolvió esa certeza compartiendo algo de eso que puede que se encuentre más allá del dolor, algo que quizás pueda ser definido como alegría.

La vitalidad de este hombre es tan llena –a pesar de todo el genocidio y el odio y el desprecio que ha signado y marcado la historia de su pueblo, de manera específica desde que comenzaron a ser contactados y obligados a reducirse y “civilizarse” en 1967– que pensé lo que ya anoté: tal vez más allá del dolor, se encuentre la alegría.

Y eso que empecé a sentir como alegría, me inundó —como si un sol o varios atravesasen mi piel y su energía cargase cada molécula de mi existencia; como si toda la selva también lo hiciese, y con ella sus espíritus y sus sombras; sol y penumbra y el imán de esas convicciones que ya no quedan como ya no van quedando cazadores en las selvas.

Pero él sí, Oscar sí es un cazador, el persiste en su estar-siendo en la cacería, y por eso cuando nos abrazamos, sentí que estaba abrazando a eso entrañable que sustancia el ser nosotros mismos, a eso que ese compañero eterno llamado Haroldo Conti bautizó precisamente como el Cazador Americano, como Mascaró, “alias Joselito Bembé, alias la Vida”— como te sacude siempre desde el prólogo de su último libro, ese que así y todo pudo escribir en medio del fragor de los combates que se sucedían por la liberación del continente en esos sensibles, duros e irrepetibles años del primer lustro de los 70.

Oscar tenía 18, 20 años para entonces y no lo sé: tal vez seguía en la selva, andando en pelotas como nuestros paisanos los indios tal como proclamó nuestro General San Martín, cazando monos, muchos monos (que es lo que más le gusta de comer); tal vez seguía por ahí, por el río Víbora, afluente del río Ichilo donde se contactó otro grupo en 1986 o más adentro cuando en 1989 se contactó otro grupo más y esa vez lo hirieron con flecha al padre Solari que encabezaba la misión de pacificación para que no los exterminasen a todos. A todos los Yuquis, como Oscar. A todos los Yuquis, los “guerrilleros del monte alto” como los bautizó con admiración un antropólogo que no me acuerdo el nombre. Entonces así la vida de Oscar, entonces así la Vida como decía Haroldo.

* * *

Oscar se andaba con su pueblo en la VIII Marcha Indígena (hay unos 40 yuquis movilizados entre hombres, mujeres, jóvenes como Misael, Lázaro y Roberto, hijo de Oscar, niños como Aldo y sus hermanitas, bebés; en proporción es como si 300 millones de chinos anduvieran caminando) y Oscar se andaba como debe ser: cazando monos en las cercanías de los campamentos y flechando hasta dos capiwaras (carpinchos) que habitan en los curichales (pantanos) que pueblan la pampa de Mojos, por donde avanzaba la tumultuosa caravana humana. Alguien me había contado de él y deseaba encontrarlo pero era dificultoso entre el mar de carpas y gentes y banderas que se habían instalado en Puerto San Borja.

Pero sucede que lo veo al Lucho Revollo, el Defensor del Pueblo del Beni, y lo veo con dos señores muy recios, de firme estampa, sin dudas Señores de la Selva ellos, y nos acercamos a hablar y nos presentaron:

—Ellos son los representantes del Pueblo Yuqui— dijo el Lucho con inocultable orgullo y lo vi a Lucas (cuarenta y tantos, bíblico y cortazariano nombre impuesto) y no pude evitar sentir que tal vez el niño de la portada del libro de los Toromonas era él ya que su parecido con el padre de la fotografía (que fue tomada aquel ya señalado y fatídico 1967) era notable, y luego lo vi a Oscar y fue allí nomás que pregunté ansioso:

—¿Y quién es el hermano Yuqui cazador de monos?

Desde el fondo de esa alegría que está más allá de todos los dolores, Oscar se encendió con esa dicha que me transmitió para siempre y golpeándose el pecho, empezó a señalarse, a señalar los montes que nos rodeaban, diciendo y repitiendo:

—Yo, monos, yo, monos...

Era él, ¿qué duda cabía? Era el Cazador Americano. El que nunca se rindió, el que nunca se rendirá, por muchos más dolores que lo hagan padecer, por muchas más tristezas:

Oscar siempre será libre, siempre será su selva, siempre será el Cazador Americano.

Lo vi luego en Totaizal y en otro campamento más y hablamos, hablamos todo lo que pudimos y me siguió contando de sus cacerías de tapires, troperos y taitetúces. En alguno de los momentos compartidos, le pregunté porque estaba marchando:

—La Paz —me dijo sin dudar. Territorio— agregó, dudando aún menos. Y todo estaba claro pero no podía reprimirme y decirle una verdad:

—Pero mirá que no hay monos en La Paz, Oscar.

Su mirada fue tan tierna que hasta ahora me sigue latiendo bien adentro, como cuando ves a los niños de la selva jugando en los ríos.

—¿No hay monos? —clamó como si eso no fuera posible. Su selva está llena de monos y él, por donde va, como ahora que andaba en la marcha, los encuentra.

—No, hermano, no hay monos— ¿Para qué mentirle? Tal vez por eso, en La Paz, tal vez porque no hay monos, y no hay selva y no hay ríos grandes, no entienden que construir una carretera por el medio de los territorios indígenas como el TIPNIS no sólo es acabar con los monos sino con la vida misma de seres como Oscar o Lucas; no sólo es acabar con los monos sino con los últimos cazadores americanos como los Yuquis; no sólo es acabar con los monos sino con los últimos hombres que no han roto el Vínculo, el lazo, el amor profundo —ese que está más allá del bien y del mal, más allá del dolor— con la Madre Tierra. No entienden o no quieren entender porque acá, acá no hay monos.

—¿No hay monos? —repetió cien veces Oscar y luego se quedó mirándome en silencio, un silencio que duró siglos. Mas de repente, colmado de esa alegría que aún me desborda, con la fuerza de todos los árboles que son su casa, todos los ríos y los bosques que lo alimentan, toda la energía vital

de ese mundo que quieren arrancarle, toda la magia de ese mundo, la Amazonía, toda su magia, volvió de su silencio y me dijo:

—La Paz, ¿no hay monos? No importa, La Paz, territorio.

Sentí: gente así sí está cambiando al mundo. Gente así nos está cambiando y ahora yo sé lo que hay más allá del dolor y más acá del destino: la alegría y la alegría sin adiós de haberme encontrado con él y la dignidad, la inmensa dignidad, la invencible dignidad que comparte y te transmite la gente como Oscar, y todos los que junto a él están marchando en defensa de la selva y del territorio y las comunidades del TIPNIS y de cada uno de los territorios indígenas que hay en Bolivia.

* * *

Termino parafraseando a Haroldo —mi total agradecimiento— diciéndole a Oscar y a través de él, a todos los compañeros de las Tierras Bajas: Yo se que llegarás a La Paz. Yo se que llegarás, compadre. Por eso te digo hasta pronto. No te olvides de mí, ni de cada uno de los que tanto te amamos. Llegá pronto para que podamos seguir viviendo y amando, llegá pronto, llegá.

Si no hay monos, vos ya me enseñaste: no importa. Lo que importa es el territorio que es la vida y la dignidad, esa dignidad y ese respeto que todos merecemos pero sobre todo los pueblos de la selva que ya tanto han sufrido, y sobre todo vos, Oscar, sobre todo vos, Cazador, sobre todo vos.

Río Abajo-La Paz, 4 de septiembre de 2011

Cinco millones de años

Me ves, Chimán, desde el fondo de tu historia
Cinco mil años me separan de la mía, de mi historia
Cinco millones de años, vos has escrito la tuya, en los montes

Un día, los míos, vinieron con furia a destrozarte
Te empezaron a alejar -cuatro millones novecientos noventa
y cinco mil años- de tu propia historia
Eso, nosotros, lo llamamos desarraigo –Heidegger lo decía
en alemán y sonaba casi tan trágico como en castellano
Eso nosotros lo llamamos desarraigo, y es imperdonable
Para algunos de nosotros, eso no tiene perdón, ni olvido

No merecías eso, Chimán
No merecías tanto desprecio, Chimán
No merecías tanto maltrato, hermano

Te veo, desde el fondo de tu historia
Te veo cinco millones de años atrás
Y te veo fuerte, Chimán, casi como te veo ahora

Habría, digo, que restarle a tu historia esos últimos y desalmados cinco mil años

Habrá, digo, que quitarle todo lo que Occidente te trajo
Habrá que acabar con todo ese desarraigo
Habrá, es un decir, que volver a empezar,
como siempre en estos casos

Me ves, Chimán, como yo te veo
Te veo, Chimán,  vos que ves, hermano?

Río Abajo, 28 de mayo de 2011

Nacer Araona

La realidad no existe.

Para los burócratas, la realidad son números o leyes o la violación de esas leyes o las estadísticas que juegan con los números. O sea, no es la realidad.

Para los intelectuales, la realidad son los libros, de tapa más o menos blanda, con más o menos ilustraciones: son los libros y como éstos conforman su propia entidad y como el exterior del libro se adecua, más o menos a lo que dicen los libros. Tampoco es la realidad.

Para los camioneros, la realidad es el camino y si tiene huecos o no, si hay donde comer o no, si tardan ocho u ocho mil horas en hacer su recorrido, si lo que llevan llega a tiempo, en buen estado, completo. En todo caso, es una parte, minúscula, de la realidad.

Para los presidentes, la realidad es lo que le informan sus ministros y lo que ven cuando asisten a algún acto público y, a veces, si sucede algún desastre, lo que ven desde el avión o el helicóptero de lo que ha quedado de la realidad. Como los señores camioneros, los señores o señoras presidentes conocen también una parte de la realidad.

En verdad, no se puede conocer toda la realidad –sólo Viracocha podría-: los más, todos, casi todos, sufrimos algo

que podemos denominar como “efecto de realidad”, no la realidad misma.

Un efecto de realidad: una percepción de la misma. Esta percepción, es obvio, tiene que ver con las circunstancias que nos rodean desde que nacemos.

Ese, nuestro pequeño mundo, es la realidad, es nuestra realidad, la de cada uno. Y cada uno jura que casi-casi sabe y conoce todo, lo ha leído todo o ha recorrido todos los caminos o es el mejor presidente de todos los tiempos.

Con el auge de los medios masivos de la comunicación –desde la televisión al internet– este efecto de realidad se potenció al infinito. Los medios son el terreno más fértil para la cosecha de efecto de realidad, de mentes adictas.

El filósofo de café ha muerto. Lo han reemplazado millones de zombis culturales –lo dijo alguna vez Subiela–, millones de seres funcionales al aparato ideológico que tiene en los medios la punta del iceberg y que reproducen sin clemencia el efecto de realidad que los medios crean y difunden.

Ese efecto de realidad lo recubre todo: la política, que ha sucumbido a ese argos asqueroso para volverse, tan sólo, un discurso; la religión: las sectas son la proyección del efecto de realidad hacia los cielos; el sexo que ha sido reemplazado por la pornografía; el amor que hoy tiene fechas fijas para celebrarlo; lo mismo la patria o el deporte, la agricultura o el arte.

Ese efecto de realidad nos encubre a todos: es preferible vivir bajo su paraguas bienhechor e indulgente –donde nada es verdad, sino una percepción de la verdad; donde nada es mentira, sólo una percepción de la mentira– que en la realidad.

La realidad es temible. Huele a pescado podrido, huele a sálvese quien pueda, huele a nada nuevo bajo el sol y la misma amputación de siempre. La realidad es terrible. Huele a terremoto seguido de tsunami seguido de explosión

atómica, huele a mí quien me ampara, huele a que falta algo, no cierra.

El efecto de realidad es placentero: la televisión como útero, la internet como tu nueva sinapsis que te conecta sólo a lo que no te hace daño, no te subleva, todo así, todo igual diría Leo Masliah.

Ahora imagínate, sólo por un momento, un juego de roles brutal, digamos: real. En vez de ser quien sos, en vez que los gobiernos, los bancos, las universidades, los acuarios dónde vas a ver pececitos, los supermercados, los cines, las corbatas, los casinos, Big Brother, la ONU, Old Parr y Mac Donald's te protejan, en vez de ser quien eres, no: naciste araña. Imagínate Araña.

Sobreviviste a dos genocidios, uno por demolición y virus; otro a sangre, winchester y latigazos. Escapaste, te refugiaste en el monte. Quedaron sólo 50, cuando antes eran miles, decenas de miles que tenían un proyecto común, una vida compartida, un destino que era de ellos, de vos, y de nadie más. Un buen día, un buen día de mierda -cuando seguramente el terror y la memoria del terror no se habían acabado-, llegaron los misioneros fundamentalistas. Bien vestiditos, con el santo librito (The New Testament) bajo el sobaco, el pelo corto, anteojos. Sus ideas del diablo te las metieron por todas partes para acabar con tus propias convicciones, tus certezas, tus cosas. Otro buen día, años después, se fueron.

Te dejaron de vuelta en el medio del monte vestido, confundido, temeroso, cagado. Te habían robado el alma los gringos (los misioneros venían de allí, de Vermont digamos) y, a cambio, no te dejaron nada, ¿qué te podían dejar?, salvo el librito traducido a tu idioma.

Pero tras que te olvidaron botado en el medio del monte, empezaron circunstancias, situaciones, necesidades que desconocías, que te las impusieron.

Empezaron las divisiones entre los tuyos, el alcoholismo, la prostitución de las mujeres, la explotación entre hermanos, la violencia sin sentido, las enfermedades para las cuales no tenías cura, la mentira, la mendicidad, el asesinato, el desarraigo, el etnocidio, el abandono, el olvido.

Imaginate Araona –un pueblo originario “en vías de extinción” (como afirman los burócratas y los intelectuales) que habita un territorio entre los ríos Manupare y Manurimi, en la Amazonía boliviana.

Imaginate Araona.

Imaginate de qué te sirven las tarjetas de crédito o los bonos de desempleo. Y el MP4 o el MP40. Los celulares. Los descuentos de temporada. El aguinaldo. La navidad. Los inodoros. El estado. Los preservativos. El ketchup o la mayonesa para aderezar el sándwich. Victoria’s Secret. Los autos. Las carreteras –la ciudad más cercana queda remando a cuatro-cinco días río abajo. Los gringos iban y venían en avioneta. Vos, no.

Imaginate Araona.

Desearías que nunca te hubiera sucedido lo que en verdad sucedió, está sucediendo.

La realidad sí existe.

Río Abajo, 5 de abril de 2011

Todo por los tapires

Este poemario es una bitácora de viaje, una travesía de más de 3000 kilómetros andados por la Amazonía continental, que acabo de culminar. No creo en la literatura, y menos en la llamada libertad de expresión. Creo sí con mucha convicción en los árboles y en los demás seres vivos que nos habitan porque ellos son el mundo, la libertad, y lo que merece decirse, si hay algo más valioso que el silencio. Si esto que van a leer, es algo de eso, bienvenidos a un planeta donde no deberían existir palabras para expresar lo que sentimos, sino sólo eso, aquello que sentimos y expresarlo, así como es, nomás. Si no somos tapires contra el capitalismo deshumanizador, digo, ¿qué carajo somos?

Dedico el espíritu de esta obra
a Abraham Cuellar

La luna sobre el Bahuaaja Sonene

He visto a la luna invencible
alzarse sobre el Bahuaaja.
Hacia oriente, cien mil rubíes en flama

Un mar bermejo y un manto añil
iluminó los tapires; deslumbrados
oí a los peces cantarla

He visto a la luna como nunca a ninguna
tomarse la noche en el Bahuaaja
sus remolinos, sus aguas blancas

He visto esa luna esa noche
mientras andaba vagaba
con rumbo noreste y calma

Entonces el alma clamó
un espejo cien mil guitarras
saber que nunca me moriría

De tanto verla de tanta amarla
a la luna roja, musa que ampara
La Madre Selva, en el Bahuaja

Anaconda

*a Homero Carvalho,
mi hermano movima*

Soy la que va por ahí,
sin corona,
por los ríos.
Soy la Reina de las Aguas
aunque no me veneren.
Seré una Monarca Podrida
en este mercurial mundo
que no elegí
ni merezco.
Es tu mundo,
no es el mío.
Y no por eso,
te comeré.

Soy la que va por ahí,
quise probar la sal
pero me estancaste
me pusiste muelles.
Pero cada vez
que me exilias,
vuelvo.

Soy la Reina de los Ríos
y el destino
que los hace fluir.
Y aunque los represes,
es tu mundo,
no es el mío.
Y no por eso,
igual te comeré.

Vivir mojado

Ando sin saber
si soy liquen o qué

Ando hecho un charco
por El Sur, no el destino

Mis manos sin duendes
mármol, entumecidas

Mis manos se aferran
se fugan cada día

Igual ando que ando
los caminos del Beni

Ando mojado, vivo mojado
como si hubiera nacido recién.

San Darwin

*Al hombre que vino
de Puerto Teresa
y el río Yata*

Digo que a veces un vino en el camino es lo más grato
así se multiplican los peces en el relato y los amigos
no temen y hasta se puede amparar a la noche que llega

Digo que uno sueña con ardor siempre y se sueña digamos
una tarde en Tarija o en apacible y el mismo vino rondando
escribiendo las historias nuestras, las del camino, digo

Pero sucede que vos nunca le vas a dictar su verdad al camino
porque si no, dime, ¿qué camino fuera ese tan recorrido
que vos, quien fuere, pueda decirle por donde debe andar?

No, hermano, los caminos sirven sólo si los amanecemos
y nos alumbramos con sus osadías, las vueltas de la vida
que sólo puede procurarte marchar, vagar, seguir andando

Entonces por el alma del camino, vino Darwin, San Darwin
con su fervor encendido, su motocicleta cual viento que
nunca nadie domará, al viento, al vino, al camino, jamás

Entonces en el alma del viento, del vino, del camino
vienen los San Darwin a cortejar tu propio fervor y nada
se asemeja a la alegría del destino, a celebrarlo siempre

sabiendo que no hay camino que no merezca recorrerse
por más largo que sea, por más espinas que te mortifiquen
si quieres un vino, si quieres una vida al final de tanto andar.



Nanawa

Te miro en tu fervor antiguo, de flechas
y sólo puede llorar por tus árboles asesinados

Si busco encontraré la huella pacahuara
por algún rincón de mi soledad

Que es la tuya, Nanawa
Que es la nuestra, Nanawa.



Puerto Copacabana

El humo y la niebla que se devoran las naves de Puerto Copacabana lo sentí en mi piel agazapado a punto de robarme todos mis sueños.

Me buscaba el muy feroz para rellenarme de esa nada estéril que puede convertirte en lástima. Incluso por vos mismo. Todo el cuerpo me temblaba y sabía que no eran espejismos.

Esos barcos de mierda cuanta tragedia cargaron.

Cuanta energía vuelta patrón, explotación, desgracia.

Cuanto indio humillado, cuanta Amazonía devastada.

Cada vez que paso por Puerto Copacabana, me tienen que atar.

Ayahuasqueando

a Jaime Corisepa

No pudieron
vacunarme
contra el olvido

por eso
el destino es lucha
y la vida, luz

No vencieron
en mi piel
ni en la memoria

de tenerlos
a todos conmigo
vivos y de pie

No pudieron
No vencieron

Por eso sigo aquí
ayahuasquendo

Por eso sigo con ellos
ayahuasquéndolos.

El Sena

Un día vas a ver El Sena y sentirás a Venecia transfigurada.
No a París.

Una noche llegarás a El Sena y celebrarás que todos los barcos de Fitzcarraldo se hundieron en el Urubamba.

Una pesadilla es El Sena.

El licor rebalsa.

¿Quién quiere acordarse que estuvo aquí?

Sólo por la memoria de los Araonas.

Por ellos sí.

Humo

Porque invades mi alegría
No te cantaré, azote

Porque matas a la Amazonía
te denunciaré, te denunciaré.

Fredy

He visto sólo un hombre alegre
en el valle del Tambopata.
¿Qué ha hecho para ser así?
Navegar, navegar, navegar.

Hay ríos que recuerdo más que lluvias
Hay sonrisas que desmienten todas las amarguras
Hay veces que quisiera volver a Arco Punco
sólo para abrazarlo entre la espuma

y entre los cajones y la corriente
volver a soñar, volver a mirar
la niebla, no el humo de la quema

y sentir que aunque duela
la vida es un río que se merece navegar
con los ojos bien abiertos, y con el Fredy.

Amanda Huaita

¿Cómo será renacer, Amanda Huaita?

¿Cómo será el pachakuti, querida Amanda?

¿Habrá pachakuti, habrá renacer, hermana?

Cómo los conocí

(un eterno borrador porque la historia de una amistad es muy difícil de escribir)

Yo lo encontré una noche tomando la sopa en su pueblo, y fue como encontrarlo al Hombre, *al que está siendo*, tomando todas las sopas en todos los pueblos.

Fue en esos Andes que son tan bravos que no merecen poemas, salvo de aquellos

—como El Amauta— que nacieron dentro, en su amparo, en su seno.

Yo lo vi levantarse de su sopa, de su estar siendo en su sopa o en el tiempo, y acudir hacia mí.

No sé de piedras imanes pero él una atesoraba justo en la puerta de su morada.

Una piedra que vino de agosto o septiembre o de Júpiter.

Una piedra que lo obliga a estar. Y a estar siendo siempre Juvenal.

Yo no sé si fue la piedra o la sopa que estaba fría —en los Andes, las sopas ¡vaya si se enfrían!— pero es cierto que acudió, presto.

Dijo: mi nombre es Juvenal Mercado Vilca, y remarcó lo de Vilca, y yo ahora sé por qué.

Pero aquí no importa.

Luego dijo: estaba tomando mi sopa y, disculpas, pero escuché lo que hablabas y soy Juvenal Mercado Vilca, alcalde de este pueblo, y agregó, como culantro a una sopa para revivirla, dime

Dime

Así lo conocí a Juvenal

Diciendo por decir nomás

Fue entonces que en el alma le dije por decir nomás al alcalde que estaba siendo tomando su sopa antes que yo le diga que lo andaba buscando a Lars, el noruego

No allí donde se puede estar siendo entre las montañas de Sandía, sino en la selva que se derrama

No allí donde nadie escribe poemas, si no en el más allá donde tampoco nadie los escribe, salvo nosotros, y Lars, clarito

Fue así y de ninguna otra manera que lo conocí a Juvenal, al que tomaba la sopa y estaba siendo en esa, su Sandía, su eterna frontera

Aunque si yo fuera el dios de los cielos y de los fuegos que arden eternos

congelaría Sandía para que siempre sea igual como esa vez que la viví por primera vista

pero como no soy ni una cosa ni la otra, lo feliz es decirles que Sandía –han pasado tantos ríos, Juvenal; han seguido tantos libros, mi hermano– sigue estando así como era, como un lugar que se está siendo como pocos, en este mundo de mierda que no merece siquiera ser recordado en este abrupto poema

abrupto y feroz como las montañas de Sandia
benditas montañas
bendita Sandia.

* * *

Allí también conocí a Augusto, hermano de Juvenal

Si este poema poseía un cauce, bueno, sepan entender,
ahora tiene dos, pero son convergentes.

Si hay un tipo estupendo en este mundo, con valor comprobado carajo, ese es Augusto Mercado Vilca, la misma cara de la moneda que mi amado Juvenal

Son hermanos, y no como Huáscar
Son hermanos entre las montañas que los abrazan
Son hermanos en la ¡Oh, bella Sandia! que los vio
nacer

Pero sepan, y bien, donde confluyen los dos ríos
El caliente y frío que se llama Juvenal
El siempre amable conocido por Augusto

Se juntan en un río-padre, en un río de ríos, en un río-
mar

Se llama Mariátegui
Se llama los Siete Ensayos
Se llama Inambari
Se llama Candamo como metáfora
Se llama Perú

Se llama Juvenal y se llama Augusto
Se llaman Sandia

Se llaman los Andes
Se llaman Perú.

* * *

Si yo fuera el dios de los cielos y de los fuegos que arden
eternos

 elegiría Sandía para volver a nacer y saludarme cada día
con Juvenal y con Augusto

 mis hermanos, mis compadres, mis amigos, mis com-
pañeros.

Post Scriptum

Escribí estos textos de un solo aliento, ayer, 14 de octubre de 2010. Pero los había empezado a sentir el día 24 de septiembre cuando vi a la luna y los garabateé en mi libreta cuando salimos de El Sena, una semana después.

Casi todo es dolor, para que me ampare el conjurarlo.

República Toromona

*Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo.
A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes
de provincias,
de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de
peces, de habitaciones,
de instrumentos, de astros, de caballos y de personas.
Poco antes de morir,
descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la
imagen de su cara.*

Borges

Somos Toromonas ahora i siempre amén

Juvenal “El chuncho” Mercado



© Gastón Ugalde y Pablo Cingolani

Introducción polenta

Empiezo con un epistolario oculto, amarillo de ansias, llave de un luminoso mundo. Son las memorias de una travesía imposible, las actas de un club de renegados, iconoclasia químicamente pura. La primera de todas ellas, dice así, sin fechas, sin otras malezas y certezas que la devoción:

Demente Ser:

Ivana, axolote, armenia & todo lo demás también: vale; como siempre: esa bocanada de alegre intromisión en las coordenadas de otros mundos, me entusiasma y celebro tu infatigable espíritu de último somalí.

Te cuento: ayer, en medio del sopor resaquero, tuve una inspiración: fundaré (fundaremos) la República Toromona. Sin los formalismos de la Patagonia de Raspail,

ni el boato de Isla Redonda: esta será una república bizarra al estilo de la Libertacia del capitán Mission que rescata el viejo Burroughs en Ciudades de la noche roja. ¿Qué te parece?

Dije: hay una cadena toromona alrededor del mundo, una cadena de pasión insensata que ya tiene “proto cónsules” en Buenos Aires (vos, caballero), en Montevideo, en Barcelona, en Washington, en Bogotá y hasta en San José de Costa Rica y la ciudad de Guatemala pero si hablamos de la “república en construcción y en marcha (república nómada)”, te agrego: tenemos cónsules en lugares tan estratégicos como Saqui, Pelechuco, Sandia, Juliaca y Apolo; esos sí son los guerreros en defensa de la pureza republicana.

Insistí: tenemos territorio. El “país toromona” está clarísimo: ni figura en los mapas. Nosotros le daremos entidad: es un país fluvial, casi líquido, casi inmaterial. Empieza desde “la capital provisional” (Puerto San Fermín), una vez embarcados en las aguas del padre de todas las aguas: el glorioso Tambopata o Bahuaja, de acuerdo a la toponimia de uno de los pueblos virtuales que habitan la ya casi flamante república.

Más: tenemos espacio (mental y físico), el pueblo son los toromonas de las selvas y los amigos de aquí y allá, organicemos el “estado” provisional en el exilio (Álvaro Díez Astete será, desde ya, el canciller), tenemos recursos para ello (los diamantes de Fawcett, por ejemplo o riquezas potenciales como ya advirtió Juan Álvarez de Maldonado en 1569 cuando anotó que “en muchas desta provincia ay cacao como lo de la Nueva España”. Más interesante aún: quizá en estas, relaciones se basó Antonio de León Pinelo en su “Tratado del Chocolate”, para decir que se encontraba cacao silvestre en las cabeceras de Tepuane (Tipuani) y Paititi). De allí, al Paraíso, que tú sabes bien que yo lo localizo en el Madidi, colindante con nuestra insigne república. En fin: un mundo para descubrir e inventar.

Bueno, en fin: iré armando el asunto.

*Mientras tanto: ¿qué dices? ¿República Toromona?
¿Seremos república o qué seremos?
Espero tu lluvia / aluvión de ideas.
¡Salve oh Cónsul!
¡Salve oh Montaña poderosa! (hay que escribir un
himno....)*

Pablo

Tras vagar y vagar, divisamos un muelle a la distancia. Una goleta petrificada por el percebe lo custodiaba. Desembarcamos y vimos una tenue luz al inicio de la barra. Entramos, pedimos algo de beber y nos sentamos. Al fin, nos sentamos. Para escribir esta no-historia que empieza así.

* * *

Una mañana recibí otra misiva insólita o no tanto. La portaba como si fuera un rollo hallado en los mares muertos del mundo o la cifra de una esperanza o la llave del cofre donde aguardan todas las ilusiones, un antiguo compañero de rutas.

El tiempo lo había devastado. Recordé nuestros andares de antaño, cuando los salares y las lunas brillando en su superficie infinita eran un reflejo de nuestros corazones. El vino corría a aluviones y las horas no contaban. Algo se había soltado dentro suyo, algo y la carta que atesoraba consigo y que venía a brindarme en plan tributo, con la devoción que sólo otorgan los caminos y la amistad trajinada, le devolvía la inquietud a los ojos y el rumor de los arroyos, una tempestad de mariposas en el alma, convertía el fragor de su rostro en fragatas o albatros lanzados hacia ese más allá insondable que habíamos ansiado siempre.

Hoy no me queda más que transcribirla. Dice así:

San Borja, 11 de mayo de 2006

Señores

PUEBLO INDÍGENA TOROMONA

Rurrenabaque.-

Ref: APOYO

Como pueblo indígena Tsimane de San Borja damos nuestro apoyo espiritual a los Hermanos del Pueblo Indígena Toromona, que se encuentra ubicado en el sector del Parque Madidi, por los malos tratos y abusos que ellos reciben por parte de otras personas.

Con este particular motivo, saludamos a ustedes muy cordialmente.

Atentamente,

[Firman]

Conrado Gutiérrez Cayuba, Comunicador Indígena Tsimane

Gilberto Vaca, Comunicador Indígena Tsimane

Enrique Cunay, Sub Alcalde Étnico Tsimane

Santiago Tiain Papenabe, Coordinador Distrito Étnico Municipio San Borja

[Hay un sello donde puede leerse: Gran Consejo Tsimane. San Borja. Beni. Bolivia. Abajo, anotado con un bolígrafo, un correo electrónico: pueblotsimane@yahoo.es]

La historia de la carta merece ser contada. Había empezado a ser escrita surcando un río donde se esconden unos indios. Anotaré el nombre de las aguas: Pachene. Por allí navegaba mi amigo, con Conrado y Gilberto, en busca de los despojos de un dios, y de un sabio que se escondía entre los árboles y los pliegues de una geografía poco conocida.

Lo encontraron y el les ofreció, en señal de bienvenida, dos vasijas repletas de un líquido espeso, un brebaje de la selva. Sabían que alucinarían, que correrían loma abajo en busca del río para vomitar desprendimientos inservibles de sus existencias, que se sacudirían y no ahorrarían sudores fríos que contrastar con el calor más rancio: igual bebieron y se sumergieron en el tumulto selvático y las carcajadas del viejo.

Al otro día, él los condujo al centro de la nada y los despidió diciendo que si querían llegar al borde de las montañas que se veían a la lejanía –la Cordillera de Mosevenes, se llama– debían volver pero dispuestos a morir. Que aún no lo estaban. Ellos, entonces, remontaron el curso del Pachene, y después otro río, más ancho, y arribaron al lugar donde fue escrita la carta: un poblacho chato y seco, un arrabal de los montes, donde hay pistoleros que matan a otros indios por encargo de los criadores de cebúes y los que saquean caoba de los bosques sagrados.

Allí, calentando cervezas, mi compañero de otras rutas les contó una historia semejante a la que habían vivido, sólo que las coordenadas eran otras, otros los ríos, otros los rostros de la sabiduría pero el mismo bosque, la pura selva amazónica.

Eso los inspiró, Pablo –exclamó. Y algo vibró dentro de mí. Su emoción crecía con el relato, que yo exigí, cuando tuve el papel en mis manos. Entonces, ellos, se sentaron en una computadora –son los andrajos de civilización que las organizaciones no gubernamentales van dejando oxidándose y pudriéndose entre caimanes y pirañas– y escribieron aquello que ya anoté: la carta de “apoyo” a los Toromonas.

El esplendor y la sensibilidad que atesoran esas palabras, labradas en la solidaridad que sólo el espanto y el dolor forjan, puede que se le escape a uno, si no conoce la trágica historia del genocidio permanente que sufren los pueblos

indígenas de la Amazonía continental americana. Son el testimonio del diamante en el alma que sigue latiendo en el corazón de estos pueblos: allí estaba.

Tú debes llevarla —y los ojos de Máximo, mi hermano, se clavaron en mi sangre revuelta, conmovida, rebelada, y me la entregó.

Era un reconocimiento inesperado a un sueño o clamor que ya tenía marca: República Toromona.

* * *

República de extremos: extremos geográficos, extremos históricos, extremos de la existencia. República de confines: confines territoriales, confines de la memoria, confines de la condición humana.

República de lazos, helechos de identidad, un hilo que es senda y clepsidra para desmentir al tiempo y atrapar el espacio en el hueco de tu mano.

República Toromona: uterina, única, universal. República Toromona: virtual, vegetal, vital. República Toromona: fragmentaria, feroz, feliz.

Correspondencia para la comarca en fuga: la carta de los Tsimanes¹⁹ pesaba horrores porque ponía el dedo en la

19 Según Álvaro Díez Astete en su memoria etnográfica sobre los pueblos originarios de las tierras bajas de Bolivia, “los Chimane (o si se prefiere t´simane, según la grafía de la Misión Nuevas Tribus norteamericana), es otro de los pueblos indígenas que tiene una lengua no clasificada en ninguna de las familias lingüísticas del país ni en el continente; forma con la lengua Mosetene un grupo lingüístico ‘aislado’” (pág. 63). El naturalista francés Alcides D’Orbigny apuntó hacia 1830 que “con el nombre de Mosetenes existe en las montañas una nación que los Yuracarés denominan Maniquís, y que los españoles de Bolivia, si bien conservan la primera denominación, llaman también muy impropia Chunchos, nombre aplicado desde hace siglos a las naciones que viven al este de Lima. Se denominan tam-

llaga de la contradicción esencial y no podíamos al leerla sino conmovernos como si la lava volcánica se volviese ambrosía. Eso le pasó también a Díez Astete.

Sueño anarco: la comunicación corazón a corazón como detonante. El testimonio de fe que restaura un cosmos de alegre vitalidad, contra los pronósticos de la desesperanza y la psicosis urbana de sentirte atrapado.

Cristo Viene, prepara café: ya arrecia el sexto sol de los Andes; ya llega el sol de las tinieblas de los yaminawas. Imanes psíquicos que nos guían en esta realidad de vértigo y apasionamiento creciente. Espejo donde observar lo que queremos ser: mirando a la selva, a la Amazonía, a la inmensidad de la jungla montañosa, el santuario de una resistencia total, colosal, definitiva. Entonces, el deseo crece, la necesidad de justicia es imperio y brújula, las ganas de luchar no ceden, se multiplican. La carta demarcaba la territorialidad pura y dura del alma humana.

República Toromona: en el último agujero negro de la geografía, en el nervio hostil del vacío, en el centro de gravedad de tu espíritu, en la fibra más ardiente de tu corazón. Pura atropina para resucitarlo todo, resucitarte.

bién Magdalenas, Chimanisisas o Chimanis, a los que viven en la confluencia del río Covendo; Muchanis, a los del río Beni; y Tucupi a los de la confluencia de los ríos Bogpi y Beni”. El Pachena es afluente del río Maniquí. Unas excavadoras pagadas por traficantes de madera destruyeron un camino sagrado tsimane a mediados de la década de 1990 y la denuncia fue noticia en los periódicos pero nada se hizo, hasta hoy, para parar la sangría. Unos botánicos franceses estudiaron el principio activo de una planta que los tsimane utilizan de manera ancestral para curar la lepra blanca. Con decoro y justicia, patentaron en Suiza a nombre de los indios, el medicamento que bautizaron como “chimanina”. Hasta hoy, ninguna empresa farmacéutica la produce, lisa y llanamente, porque sólo sirve para curar una enfermedad de gente extremadamente pobre y que sólo habita los bordes tropicales de los bosques en sud y centro América y África negra.

La carta era el motivo que necesitábamos para regresar al mundo desde los planetas de la alucinación permanente. El capital podía arder porque nosotros ya estábamos en llamas y dispuestos a que el universo en tinieblas se quemase con nosotros. La profecía yaminawa –esa que vino encapsulada desde París en otra carta que me envió el antropólogo Roberto Fernández Erquicia, el Roby Supay cibernético de Luteia, con todo el ardor de lo que busca romper la distancia–, la profecía que había nacido en la profundidad insondable de los montes, se estaba cumpliendo. Algo que siempre me insistió Gilda Mora, mi amiga arqueóloga de los llanos de Colombia: la voluntad recobrada para reinventar el mundo, restaurándolo desde los arcanos de esta realidad confusa.

Y tuvo música esta vez. Música en la selva: halagos. Música del rayo de Santiago de Bombori, música de peregrinación eterna, un verso que dice:

Volveré/ volveré...
 Por las quebradas
 y no moriré...²⁰

y que Ricardo cantaba, pulsando una guitarrita de madera de nogal, caminando dentro de la catedral verde, mientras los ángeles-tapires nos observaban y las huellas del pasado hervían y revivían con nosotros.

* * *

20 Ritmo de Huayño. La cantan los devotos del Señor de Tata Santiago de Bombori, un santuario situado al norte de Potosí, y que ya era renombrado en las épocas de Belgrano, cuando el abogado-general depositó detrás del altar de la iglesia de Macha, la primera bandera argentina. Para llegar a Bombori, debe efectuarse una caminata de cinco días atravesando la estepa helada y los cañadones de los ríos.

Extracto esta cita del Almanaque Mundial del año 2012:

“La República Toromona es cien por ciento montañosa, con picos que superan los 2000 metros de altura sobre el nivel del mar, destacándose el afamado Cerro Chunchu, el mítico Bahuaja de los Ese Ejjas y la llamada por los exploradores como “la madre de todas las montañas” o Cerro Toromona, zona de acceso casi imposible y donde se dividen las cuencas de los ríos Tuichi (por el sur), Madidi (por el norte) y Tambopata (por el oeste).

Debido a esta caracterización orográfica extrema, lo que vuelve virtualmente impracticable e inaccesible el país, los ríos se constituyen en la columna vertebral, los brazos y las piernas del territorio.

El sistema hidrográfico está presidido por el Tambopata, descrito —entre otros— por el inglés Markham, el sabio ítalo-peruano Raimondi, por el coronel boliviano José Manuel Pando y por el expedicionario e investigador británico Percy Harrison Fawcett.

El citado río es la puerta inevitable de ingreso a la república, por lo que algunos ya han precisado que la misma puede definirse como “patria fluvial” o “país líquido” (*liquid country*), sin dudas el único en el orbe.

La Sociedad Geográfica de la República (en formación) no sólo está elaborando la primera cartografía oficial del territorio toromona sino estudiando esta categorización de “país de/en las aguas” que eleva a la República al rango de potencia en vistas de la escasez del recurso de cara a los siglos venideros.

El otro río que signa la geografía local es el Pukamayu (en el quechua original de los cascarilleros de San Juan del Oro y de Sandía que lo bautizaron así en el siglo XIX), Río Rojo o Colorado, franqueado por la Serranía del Tigre, reconocido en los anales de la época del caucho y explorado

por el noruego Lars Hafskjold en 1997 y por la Expedición Madidi en 2001.

En el *hinterland* toromona, como ya dijimos, deben incluirse las nacientes oriental y occidental del río Sonene o Heath, las nacientes de su afluente Najewa y algunos tributarios de los ríos que definen las sub cuencas de los ríos Tuichi y Madidi”.

* * *

Este libro intenta iluminar esas huellas revividas: un caleidoscopio.²¹

Lo tejimos entre todos y mi tarea es sólo la de atrapar las palabras en una secuencia que nos arraigue a un desenlace del destino, a uno de muchos.

Miren uno: el 9 de julio del año 2007 estaba en Buenos Aires, el día que nevó, después de casi un siglo. Ese día, en la casa de Alejandro y Mercedes, cerca al Parque Lezama, conocí a Tata Rogelio, un diaguita-calchaquí de 76 años. Me narró su vida: mucho tiempo atrás, había recibido a Eva Perón cuando ella visitó las minas de carbón de Río Turbio, en el extremo austral del mundo. Conmovido, le entregué un talismán aymara, que había traído desde La Paz, donde vivía. Para que la magia del momento no ceda jamás –le insinué. Rogelio sacó de entre sus ropas, un pequeño envoltorio de terciopelo rojo. Adentro, había un corazón de pájaro. Me dijo, y hasta hoy conservo la sacudida: esta es mi vida– y

21 Caleidoscopio. (Del gr. *καλός*, bello, *εἶδος*, imagen, y *-scopio*). m. Tubo ennegrecido interiormente, que encierra dos o tres espejos inclinados y en un extremo dos láminas de vidrio, entre las cuales hay varios objetos de forma irregular, cuyas imágenes se ven multiplicadas simétricamente al ir volteando el tubo, a la vez que se mira por el extremo opuesto. || 2. Conjunto diverso y cambiante. *Un caleidoscopio de estilos*.

la puso entre mis manos. Tomé el hilo de lana de llama que Nieves, la *yatiri*,²² la Reina del Urcusuyu, me había dado significando mi vida, la mía, y los junté, guardándolos entre mis ropas. La nieve acabó, pero esa noche, jamás.

Por eso, escribo. Atrapo las palabras que ya estaban enhebradas y presento la República Toromona a consideración general. Que la luz del sentimiento los ilumine.

22 Sabio en la cultura aymara.

Noticias secretas de la Amazonía

Santo Domingo no era un buen lugar para morir pero la hemorragia lo estaba devorando: esos malditos franceses que olían a manteca de cerdo lo habían sentenciado a tener una tumba isleña, lejana, oscura. Una tumba que cagarían las aves de la costa y que quizás ni epitafio tendría, que tan sólo diría grabado al descuido “aquí yace Pedro Anzúres”.

* * *

Hacia cien días que la tropa no cesaba de combatir. Era una lucha desigual y titánica: la lucha contra una naturaleza hostil. Los tigres eran menos molestos que las plagas que veían y las que no veían que les hacía arder el cuerpo entero. La preservación del medio ambiente les valía mierda: debían derribar árboles milenarios cuyos troncos sólo podían asir cuarenta hombres enlazados. Era todo un trabajo demolerlos –para eso estaban los quechuas aliados a la fuerza– pero preferible a encontrar otra huella. En realidad, viajaban sin mapas. Sin rumbo. Sin derrotero. Sin comida. Sin huellas. Pura esperanza. Puro fervor. Puro ensoñarse. Puro deslizarle montaña abajo y seguir, seguir soñando ese sitio a donde te

llevan los pies. Esos pies que recorrían las palabras y los gestos del lenguaraz y que siempre entendían como deseaban: que tras encontrar el gran río —y todos los ríos evocaban a las serpientes y, por ende, a la mala suerte y a la noche perpetua—, cuatro soles y cuatro lunas te separaban de la laguna y que cuando llegases a su fangosa ribera, si no te aspiraban sus arenas o no te devoraban unos peces de dientes como mastines, torciendo el rumbo, al norte, al sureste, al carajo, qué más daba, allí se encontraba, allí estaba, allí fulguraba: sueño, ilusión, realidad, metáfora, incendio, aluvión o tempestad, no importaba. El Dorado brillaba con una luz tan propia que era inútil intentar que se apagara en corazones desolados de injusticias feudales.

El Dorado, Enin, Paititi, como quieran llamarlo o evocarlos, era un imán, un imán del mismo hierro conque estaban hechas las armaduras, un imán irresistible para una tropa de harapos pero con valor, para un ejército temeroso pero con decisión, para una tropa de forajidos pero henchidos de justicia. Su justicia, desde ya: era justo que si se rompían el culo atravesando ese infierno verde, esa muralla china inconcebible, ese imperio de lo desconcertante, hallasen, al fin, lo que buscaban: esa ciudad donde la miel y la leche se derramaban sobre tan bellas doncellas que sólo vestían oro, plata, carmesí y ámbar en sus partes que por gloria a Dios era menester ocultar hasta que en el lecho o a orillas de ese río insufrible que de vez en cuando se transformaba en playa, en fin en el lecho o en la playa se descubriesen todas, se brindasen todas, se gozasen todas.

Pedro Anzúres masticaba estos deseos y muchos más mientras soñaba una historia de amarguras que debía vengar en los pechos erectos y las nalgas doradas de esas doncellas que, por ahora, eran inalcanzables.

* * *

Hacía cien días que caminaba y hacía cien días que pensaba en lo mismo: en los pechos de las nativas y en el bendito día que zarpó de San Lúcar. Sólo Alejandro y su demencia por llegar al fin del universo podían compararse. Pero se consolaba: sólo él sabía lo que dejaba atrás. Un nacimiento en una familia estéril en un pueblo estéril de esa meseta castellana ciega y muda para casi todo. Una infancia de desdichas que incluyó a un cura atrevido que lo humilló por atrás de puro borracho. Una madre muerta por la sífilis que su padre, un hombre rudo cuyo único mérito fue temer a Dios, le contagió tras recibirla de una perra morisca que se la brindó tras un coito que tuvieron en el único viaje extramuros del hombre. Recuerdos de Andalucía que también terminaron llevándolo a la tumba. Lo demás, era la historia de cualquiera y de todos como él: mendrugos de existencia. Un viento, un viento frío y persistente como la pobreza y el odio a esa pobreza, que no cesaba nunca de soplar.

Cuando zarpó la nave rumbo a las Indias, el pecho le latía fuerte. Igual que esos cien días y cada día que caminaba entre esas sombras verde y negras que lo acechaban todo. Pero el oro y las mujeres al final del viaje eran mejores que el recuerdo, que España, que una historia que el podía volver a escribir. Por eso, caminaba y las espinas que se incrustaban en su cuerpo eran menos dolorosas que su pasado.

* * *

La laguna nunca apareció. La ciudad áurea, tampoco. Sí, las flechas toromonas, el veneno araona, la muerte caripuna. Las babas de Dios, los caireles de la caoba, hasta una ballena devoradora de hombres en un río perdido: colmillos, leche, mierda, mierda por todos lados. Sodomizó alguna india con furia en aldeas donde sólo le tributaban plantas y sólo por que el sueño se le tornaba inalcanzable y sólo porque esa era la costumbre de las argelinas en sus épocas de soldado.

Podemos reconstruir su itinerario junto con la tropa, todos iguales a él en sus desvelos, en su caminar sonámbulo, en sus afanes narcóticos, salvo que Anzúres era el subcomandante y eso hizo que su nombre perdurara.

Partieron del Cuzco donde Francisco Pizarro se había vuelto rey, un rey feroz y despiadado, y tomaron la ruta hacia el Amaru Mayu, el río ampuloso y siniestro por donde divagaron hasta perder el control por el hostigamiento incesante de las tribus. No los querían, eso estaba claro y el se preguntaba a cada rato si en España le hubiera ido mejor, si en España lo querían más que un chivo o un plato de almejas o un sombrero. ¡Qué mierda!, era su única y definitiva respuesta.

Vagaron sin piedad hasta que escucharon un nombre que les sonó a promesa: Larecaxa. Siguieron la ruta de ese sonido hecho sendero donde albergar un retazo de fe. Un día abandonaron la selva y, aunque no lo crean, el paisaje los abrumó hasta el cansancio. El fracaso no tiene cita y dejar atrás el delirio de esos bosques sin medida se asemejaba mucho a perder, a la locura, al sin sentido. Pasaron sin detenerse por un poblado en un valle llamado Chuquiabo y, atravesando la estepa arisca, médanos y tormentas, Anzúres fundó la ciudad de La Plata, casi como de pasada, sin pompa ni fasto. Se revolcó en la tierra, repartió solares entre herreros, carpinteros y hueste. Por eso lo rememora la historia. No por su odisea ni por su osadía sino por haber asentado la hispanidad en América.

* * *

Tras los rigores de haber fundado en Chuquisaca, volvió a Lima. Deseaba regresar a España a contar sus hazañas, a resucitar en palacios una selva que había anidado en su corazón, a ver si alguien le revalidaba los méritos, no de fundador, sino de buscador de lo imposible. Seguía deseando

esas ciudades de oro y esos pechos de miel y estaba seguro de encontrarlos si en la nueva arremetida torciera el rumbo hacia el noreste. Hacia el noreste, cruzando el gran río de las serpientes, más adentro aún de la geografía y de los deseos no cumplidos: Allí estaba El Dorado: Allí quedaba el sitio donde se arracimaban todos sus sueños por venir.

* * *

Los corsarios invadieron la nave y el la defendió como pudo pero la espada es cruel y cuando certera, no perdona y Pedro se desangraba sin medida en el camarote de popa sabiendo que esos malditos franceses que olían a tabaco y ginebra holandesa lo habían sentenciado a tener una tumba isleña, lejana, oscura, invisible para el resto del mundo. Una tumba que cagarían esas inmundas y agoreras aves de la costa y que quizás ni epitafio tendría, que tan sólo diría grabado al descuido “aquí yace Pedro Anzúres”.

Antes de morir, añoró esa maraña incierta y la ruta que se propuso seguir para reiniciar el camino hacia el país encantado. Sabía que llegaría. Pero esta vez, no podría. Murió feliz ocultando su secreto.

La guerra cruel

¿A dónde me estaré metiendo?, pensó el hombre por milésima vez y por milésima vez se concentró en escapar de las garras líquidas del agua. Se llamaba Juan Álvarez y lucía digno en medio de la tormenta. Lo que se padece y se llora en este mundo al revés, reflexionó escapándose de la mojadura, mientras los peces lloraban entre el estrépito y las olas que azotaban a los caracoles: hay sol fuerte y llueve más tupido. ¿Dónde estoy? ¿Dónde iré? Su delirio equinoccial lo masticaba con algún anélido incluido, caca de murciélago, plátanos podridos. Es cosa de admiración y de locos, volvió a pensar, deleitándose en secreto con el arremeter furioso del río —algo más que un río— que se estaba comiendo el piso por donde caminaba, se devoraba las piedras, la maleza y los árboles que danzaban embriagados y arrancados de cuajo, se trepaba a la lomada y lo arrasaba todo: en el tumulto, pudo ver a unas nutrias sin pánico dejándose arrastrar, un tapir deshilachado a punto de ahogarse, los troncos que revueltos en la furia del lodo herían a sus hombres y a sus hombres, pobres cristianos que morían, gritaban, blasfemaban y seguían muriendo, tragándose la sal de la osadía, perdiéndose en ese mundo sin frenos, donde diluviaba en invierno, carajo, si el sol está alto

recorriendo su septentrión y el agua debería bajar y los fríos acrecentarse y aquí, todo aquí, es el revés.

Es cosa de admiración –pensaba y pensaba-, es cosa de locura y de espanto porque mis hombres, mis buenos y amados compañeros, estos pobres cristianos, vueltos arena en la tempestad, calcinados por el rayo, sedientos en medio de un océano de palos y marejada brava, se están muriendo y yo aquí, sobrecogido por este río invencible, este río feroz, este río que Dios olvidó, yo aquí, escapando desde la mar de tinieblas hacia las tinieblas de la montaña, yo aquí que me pregunto, tiritando al cielo: ¿a dónde me estaré metiendo?

El Rey le había enviado sus instrucciones desde la corte en Madrid. La plaza, decían con esa letra inconfundible del escribano, debía situarse en medio de la población fundada. De la plaza de la población fundada, saldrían cuatro calles. Cada una de las esquinas de la plaza de la población fundada debería mirar a los cuatro vientos principales. El monarca explicaba que, de esta manera, saliendo por las calles de la plaza de la ciudad fundada, las personas no estarían expuestas a los perjuicios del viento. Se les volaría el sombrero, digamos. Pescarían resfriados, suponemos. Mientras buscaba aferrarse a algo –una de las balsas, un anzuelo, un brazo, una esperanza– ya que el turbión de las aguas había insistido y amenazaba no sólo su vida sino la tierra entera, recordó las recomendaciones reales: si las esquinas de la plaza de la ciudad fundada no coinciden con la dirección de los vientos, esto causará mucho inconveniente.

Carajo: él había mandado fundar su ciudad desde el Cuzco, enviando a su mejor capitán, un hidalgo de apellido Escobar y entregándole copia sellada de las instrucciones. Hijo –le dijo–, ven y puebla estos países sin gobierno. A orillas del mismo río pero corriente arriba, Escobar había establecido Bierzo: un año después, entró para honrarla, ornarla, establecerla como su capital de su reino: la Nueva Andalucía.

Pero de Bierzo, no quedaba nada: el viento, el viento de estos lugares, Majestad, se lo había llevado todo. Incluyendo la plaza y sus esquinas. El viento y el agua, el viento, el agua y las piedras inmensas y los troncos que hieren que arrastra el río, todo se llevaron: de Bierzo, no quedó nada. Ni la sombra de Bierzo: sólo el recuerdo que tengo conmigo. Pero continué la mar abajo, pensó. Para buscar a Escobar, que estaba desaparecido, como Bierzo, como la ciudad que había mandado a fundar de la cual no quedaba nada. Para llegar a Paititi, la noticia más rica de todas, la provincia más próspera y favorecernos todos, es decir Su Alteza, Su Seguro Servidor y todos, incluyendo esos hombres que se me están muriendo, que el río los está matando, arrasando, llevando lejos. Este es el mundo al revés: llueve, crecen las aguas y hace calor en invierno. Digo: ¿A dónde me estaré metiendo?

Creció tanto el río que hice retirar a los españoles a la tierra adentro más de una legua: duró esta creciente doce días seguidos. Treinta y cinco de mis hombres murieron. Se fueron corriente abajo aferrados a sus sueños. Sus sueños se deshicieron en la nada líquida, en la nada de las aguas turbias, en la nada que los rodeaba. La nada que nos sigue rodeando: no hay puerto ni reino a la vista. Ni Paititi, ni Bierzo, ni nada. Tuve tiempo de ensimismarme y elucubrar los hechos: el agua, la tierra, la gente y el tiempo me hacen una guerra cruel. Esta es una guerra cruel.

Guamán Poma traza su mapa

a María Eugenia Mayer

Estoy imaginándome a un hombre a la luz de una vela. Es un hombre que se afana en escribir una carta, una misiva donde empeña kilómetros de pasión y de tinta porque, deben saber, su correspondencia cruzará la mar y está destinada a un monarca. Es un rey muy poderoso pero muy fatigado y que, de seguro, ni siquiera leerá una línea. Tal vez el hombre que escribe esa carta de tumultos, de verdades que se van develando a la luz de una candela, lo sabe, sabe que ese rey no leerá su correo pero insiste en componer su texto porque también sabe que su carta la leerán en el futuro, la leerán las estrellas, la leerá ese viento que algunos llaman historia. Entonces, el hombre arrecia y anota con una caligrafía que te provoca al leer: Mapamundi de las Indias.

Respira. El hombre respira hondo porque, sabe, ha llegado a ese extremo: sus palabras, por más bellas, por más que cuenten sucesos atroces o glorias pasadas, barbaridades que escandalizan o sabios consejos, justicia que se reclama, memoria que grita, sus palabras no alcanzan para mostrarle a ese rey distante el mundo que se han zampado sus soldados, con sus artimañas y sus arcabuces. El hombre suspira y piensa que ese señor de más allá, que ese señor que aguarda

su carta atravesando las aguas, terminará de entender cuando vea su mapa, el mapa que el hombre se dispone a dibujar, el mapa que el hombre legará a ese viento que llaman historia. Entonces, busca una cantimplora con aguardiente de Ica y le empuja un trago y en medio del silencio de la noche del Cercado de la Ciudad de unos Reyes impostados, anota: “has de saber que todo el reino tenía cuatro reyes, cuatro partes”.

El hombre vuelve a envalentonarse con un sorbo de alcohol del desierto, escucha los latidos de su corazón en la noche cerrada y mientras lo sacude el viento que llaman historia, piensa si ese monarca que se oxida en su palacio de piedra, que es señor, sabio y centinela para ese mundo que el busca presentarle, entenderá que un reino son cuatro reinos, que cuatro partes hacen una sola, que no puede haber uno si no existen cuatro, que su mundo es simple como la lana pero a la vez complejo como un tejido, que las montañas además de oro y de plata habían escondido esos tesoros, esos secretos, que esa historia –que es viento– debía ser anotada pero debía ser anotada a su manera: un reino, cuatro reinos, como has de saber.

¿Sabrá? ¿Entenderá? El problema, piensa mientras estira y alisa el lienzo que numera 983 y 984, no es no saber -¿acaso conocemos todo?-, el problema piensa, mientras sacude el tintero, es no entender. El problema del rey, de esta gente, es no poder entender o no querer: un reino es un reino, carajo, y no cuatro. Pero un reino también pueden ser cuatro reinos: “Chinchay Suyo a la mano derecha al poniente del sol; arriba a la montaña hacia la Mar del Norte Ande Suyo...”, ¿entiendes?

Sale de su ensimismamiento y traza una línea feroz, una línea gruesa y feroz, una raya que casi, casi marca a su mundo. Una línea que no comprende por qué la ha trazado. Pero la deja ahí, invicta. “Estas dichas cuatro partes tornó a partir en dos partes”: Hanan y Hurin, arriba y abajo, ¿entenderá?

Un mundo que son dos mundos que son cuatro mundos: no puede haber uno sino no existen dos, si no existen cuatro. Es simple pero es complejo y esa línea feroz que sigue ahí pero que ya no lo abrumba. Hanan y Hurin: ¿entenderá?

El hombre ya no duda: prosigue y con seguridad, marca un punto, del centro de los folios, ligeramente más arriba de la mitad de los lienzos, lo recarga de escudos de armas, de atributos de un poder impenetrable y anota: “y así cae en medio la cabeza y corte del reino, la gran ciudad del Cuzco”. Ahora, respira feliz porque sabe que podrá componer su mundo y la línea que sigue ahí, feroz, lo inquieta pero no lo abrumba porque en el medio, puso la cabeza y ya vislumbra las cuatro partes, las dos piernas, los dos brazos, los cuatro reinos que son uno solo, las dos partes que son una sola. Escribe: “Tupac Inca Yupanqui, Mama Ocllo...”. Escribe, pensando en esa extraña cabeza en medio de un cuerpo que ya sido cortado, despedazado, cercenado. Escribe, deseando: “Tupac Inca Yupanqui, Mama Ocllo...”. Lo piensa pero no lo escribe; no lo escribe pero lo desea con ansia: Inkarrí.

* * *

Los mapas son mensajes disparatados enviados desde nuestra conciencia de no querer vivir aislados. Un mapa es un reclamo de exactitud de nuestros sentimientos de pertenecer a una isla que queremos compartir con los demás. Pero es disparatado porque esa isla es un territorio de desasosiego frente al mundo que está fuera de nosotros, sobre todo afuera de ese mapa que pretende asirla. Vano propósito: el mundo es inasible. En la soledad del mundo, el cartógrafo sueña que amarra al mundo, sueña que lo comprime entre coordenadas, sueña que esas coordenadas –que no son otras que las de su propio espanto ante lo inasible del mundo, lo hostil del mundo– amarran a ese mundo que se escapa de sus dedos como

el agua. Sin embargo, en medio del misterio, hay un fragor de esperanza, en especial cuando el cartógrafo traza sus líneas, dibuja contornos, llena el espacio en blanco con montañas, con ríos, con pueblos, con mares, con orillas, con mojones que no son sino signos de su propia alma. El cartógrafo se escribe a sí mismo cuando se empeña en trazar un mapa. Por eso, más allá de su alma, más allá de esa alma embravecida delimitando eriales y selvas, más allá de la isla que el cartógrafo quiere romper con su traza, siempre habrá prodigios, monstruos, milagros. Siempre existirá esa zona del mundo donde la soledad del mundo triunfará siempre.

Entonces, el hombre de nuestro relato, en la soledad de su mundo y en la noche del cercado de una ciudad de reyes impostados, vanos reyes de una ciudad sin nombre, advirtió que esa línea feroz, gruesa e irregular, una línea que semejava una serpiente entintada, esa línea que, como impulsado por un arrebató de ira, ya había trazado, esa línea era el principio del fin de sus certezas, era el fin de la belleza de la isla que buscaba irradiar su alma y era el principio de su desasosiego: era el destino de su soledad. Así, en el lienzo, esa línea como serpiente entintada fue convirtiéndose en río, un río tumultuoso que llegaría lejos sí pero que nunca terminaría de desaguar porque ese río era la soledad de su alma y la soledad del mundo, de su mundo. Entonces, anotó: “entra a la Margarita, por Cartagena, río Marañón, adonde hay lagartos. Tiene sesenta leguas de boca” y después supuso que se había equivocado pero se dijo hacia sus adentros, hacia ese rincón también inasible que atesoran las almas: un río son todos los ríos y este río es el río de ríos y viene de ningún lugar y llega a ninguna parte. Entonces, rió fuerte, rió a carcajadas, de ese sueño de querer cartografiar el mundo, de ese querer fijar el rumbo de su alma que vaga, de ese describir su isla y su alma para un rey fatigado que ni siquiera leerá su carta.

El hombre se dijo: terminaré mi mapa. Lo leerá el futuro, lo leerá ese viento que llaman historia. Bebió otro sorbo del quemapechos iqueño y para enaltecerse y agasajarse dibujó un mar confundiendo con el cielo y puso sirenas debajo de la luna y al sol custodiado por un pez espada arrojando fuegos como un dragón. En ese cielo líquido e invencible, colocó estrellas y ballenas y cometas y lobos de mar y porque el vértigo ya lo estaba derrumbando empezó a fijar los puertos. Anotó: Uayaquil, Pimocha, Tunbes, Trujillo, Santa, Panamá, Callau. Anotó por anotar porque su alma no encontraba sosiego, no había muelle donde amarrarla, y su mano siguió dibujando el contorno de sus miedos: una selva frondosa enmarcada por unas montañas que lo llenaban de pavor y que se derramaban de manera incierta hacia el mar y hacia el cielo y debajo de las bestias que poblaban las aguas colocó las bestias que poblaban los suelos: unicornios, canallas con colas de gato, puercoespines colosales, grifos, toros de cuernos de sable, tigres turbadores y hombres, hombres con barba, hombres que lo atemorizaban.

Cuando ya amanecía, cayó en cuenta que esa línea fe-roz, ese río poblado de seres que lo estremecían, ese río y esa línea que cortaba el mapa en dos como a una naranja, era el río por donde vagaba su alma, era la línea que dividía su vida. Abandonó el mapa y salió a la calle. Subió hasta un promontorio desde donde divisó las arenas y, más allá, el mar. Se dijo: allí van las aguas, allí también van los hombres cuando mueren. No hay necesidad de dibujarlo todo en el mapa. El rey debería trazar el suyo.

Lars Hafskjold

Álvaro Díez Astete

Tal como se abigarra el inconsciente
de las selvas en cruel naturaleza
bajo árboles siempre recién nacidos
techo del mundo mundo, oscuro cielo

en ser de un día enloquecer sangrante
soledad con sol bestiarío y límite
que empuja al cuerpo humano a sus horrores
de una muerte con fuerza de ilusión

para morir de nuevo ahí sin final
salvación, con bullicioso e invisible
cortejo funeral, ya río seco

que no es más que otra forma abigarrada
de un mismo desatino de esos dioses
tal condena por tu destino hermano.

De “Sonetos impuros”, 2005

Moby Dick en el Tambopata

El río Tambopata nace a la sombra de la montaña Yagua Yagua, en cuya cumbre está instalado el hito 22 del límite boliviano-peruano. De allí, atraviesa los territorios de la antigua hacienda Saqui, desde cuyas melancólicas ruinas es posible observar su corriente tumultuosa y escuchar el rugido de un agua blanca de ley. Luego discurre por los lados de Pablobamba hasta encontrar el camino carrozable que desde Yanahuaya baja a San Juan del Oro, el poblacho que heredó la fama de la primera mítica Villa Imperial que los españoles invasores instalaron en América gracias a sus tesoros mineros, y hasta donde llegaban los chunchos con sus rescates de plumas de guacamayo, pieles de fieras, cacao, castañas y vainillas. Allí el río ya cobra bríos definitivos: pasando por Putina Punco —el fin de ruta para el sabio Raimondi a finales del siglo XIX—, y pegando antes la vuelta en la llamada Curva Alegre, su curso enfila decidido hacia los confines de Bolivia, oficiando de límite arcifinio con el Perú.

Más allá, empiezan los territorios intangibles, rebosantes de biodiversidad, que protege el parque nacional peruano de Bahuaja Sonene, ambos hidrónimos de origen ese ejja y que designan a los ríos Tambopata —ahora en su discurrir

selvático que concluye en el ecoturísticamente renombrado Puerto Maldonado— y Heath. Más allá, empiezan los territorios ancestrales de este pueblo, los Ese Eja, que hoy habita en las dos repúblicas sudamericanas, dividido por fronteras nacionales que algún día habría que superar para que pueda volver a unirse. Más allá, empieza los territorios del mito y la historia de los Ese Eja y los dominios de la ballena del Bahuaja. Un hallazgo: otro monstruo americano.

* * *

Extraño, extraordinario: hoy son bichos encarcelados en zoológicos pero elefantes y rinocerontes fueron, en su momento, considerados así: monstruos. Hay un grabado de Durero donde el cornudo parece un acorazado, blindado e indestructible. Acuden a mi memoria los legendarios paquidermos de Poro que hicieron llorar a las tropas de Alejandro en la India o las bestias de Aníbal que cruzaron los Alpes. Hoy, los circos los maltratan y terminamos considerando como monstruos a los violadores de niños o a los asesinos seriales.

El urbanoide y el “hombre esquizoide del siglo XXI” (Robert Fripp) ha cambiado aves rock, dragones y krakens por jonkies que rebanan ancianas o jóvenes que ametrallan a sus compañeros de curso. George W. Bush o Pol Pot son monstruos —que la razón engendra. Nuestro imaginario se ha reducido al Godzilla versión Hollywood que no asusta a nadie.

San Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías* clasificó lo extraño y lo extraordinario, lo inusitado en la naturaleza, en “portentos”, “ostentos”, “monstruos” y “prodigios” y siempre convivimos con ellos. Lo portentoso, según el santo, “no se realiza en contra de la naturaleza, sino en contra de la naturaleza conocida” y, en ese sentido, monstruo no es más que lo que muestra (deriva del latín *monstrare*) y predice, exhibe el futuro. Epistemológicamente: no atenta contra la

naturaleza en sí, sino contra lo que se conoce de la naturaleza. No hay drama: más allá de nuestra actual esterilidad para la fantasía, nuestra imposibilidad cultural, monstruos hubo y monstruos habrá siempre.

* * *

Un bestiario propio: Nuevo Mundo: nuevos monstruos. Gonzalo Fernández de Oviedo, en su *Historia general y natural de las Indias, islas y Tierra Firme del mar Océano*, publicada en Sevilla en 1535, describe sin pudores al tiburón. Es antológico transcribir que anotó que “muchos de estos tiburones he visto que tienen el miembro viril o generativo doblado. Quiero decir que cada tiburón tiene dos vergas, o un par de armas, cada una tan larga como desde el codo de un hombre grande a la punta del mayor dedo de la mano...”. Remata con prudencia diciendo que “yo no sé si en el uso de ellas las ejercita ambas juntas en el coito, o cada una por sí, o en diversos tiempos; porque esa particularidad (digo el ejercicio o coito) ni lo he visto ni oído...”. Tan florido testimonio demuestra que en estos días los historiadores, ateridos de motivos vanos, hemos perdido la fe en los prodigios y nos contentamos con poco.

Sin embargo, las crónicas abundan en temibles bestias y maravillosas criaturas, desde la ballena que casi hizo naufragar a Pizarro cerca a Santo Domingo (¿La nariz de Cleopatra de la historia andina?) al enigmático carbuncló; caimanes inmensos y el pez-mujer, manatíes de tetas gigantes a lo Rubens; un pez lascivo que casi viola a una dama en una playa de Santa Catalina según cantó Barco Centenera y las mujeres-peces, las sirenas de Colón; escolopendras fatales y niguas invisibles: la lista puede ser interminable.

El mapinguary y las atávicas anacondas son la base de una zoología fantástica amazónica. Mapinguary (o pie

grande) es el Yeti de los trópicos americanos. Vello abundante, olor fétido, gritos que enloquecen. Cuando llegué a Bolivia en 1987, recuerdo que publicaron la noticia de su avistamiento cerca de Cobija. Solís siempre cuenta su encuentro con el “muru llokhalla” yungüño: otra variante. David Oren es un biólogo de la Universidad de Harvard: reunió pelos, heces y huellas y jura que el mapinguary es un perezoso gigante sobreviviente de otras eras.

La anaconda, “sabe más de hidrografía que cualquier humano”, al decir de Horacio Quiroga, que las amaba. La madre de todas las serpientes, tótem supremo, súper adorada, súper temida, crece con el paso del tiempo y el miedo y ha llegado a medir hasta cien metros (confundida con un acantilado) y es el animal que más historias alimentó al interior de la selva. *Amaru*, serpiente, llamaron los Incas a los grandes ríos que bajando de las alturas, los introdujeron en la floresta y en lo desconocido.

* * *

Cachalotes en la bruma: retorno al Tambopata, el Bahuaja ese ejja. Guamán Poma alertó que allí moraban los *anti runa micoc*, los comedores de hombres, que danzaban sus *taquies* y cantaban *arawis* heroicos. En el mapa de Fawcett de 1911, San Fermín era una cabaña; San Carlos y Marte, barracas caucheras: corriente abajo, *terra incognita* hasta Astillero, donde arribó Markham.

Precisamente ahí, entre Marte y Astillero, ellos descendieron del cielo. Los Ese Ejja bajaron por una cuerda de algodón. Se rompió, dicen. Pero llegaron a una poza gigante, repleta de peces y de alegría. Un lugar donde fueron felices, sembraron platanales y comieron tapires. Hasta que un día, empezó la diáspora y el éxodo, como los jujeños, como los judíos: a través de una quebrada, un istmo en la selva, como

el que usó Fermín Isaías Fitzcarraldo, cruzaron hasta el Sonene, el Jordán de los Ese Eja, el Heath de la cartografía imperial.

Ningún faraón los había expulsado, ni hubo una guerra de exterminio: un día, “una ballena devoradora de hombres” surgió de la corriente y la geografía ideológica ese eja se hizo trizas y debieron emigrar. Eso me contó Miguel para completar la galería de portentos y prodigios que hemos esbozado en esta página.

Las cosas más maravillosas son siempre las inexpresables: ¿una ballena en el Tambopata? ¿Sería blanca? Recuerden que Moby Dick era ubicua y “en esas aguas de perpetuo exilio yo había perdido los mezquinos recuerdos de tradiciones y de ciudades, que nos ofuscan” (Melville). Aunque sea un momento, imaginemos al monarca de la selva líquida, el leviatán del Bahuaja, el horror, el dolor, la fuga. Son cinco gotas de conocimiento ancestral genuino: más valioso que todo el licor narcótico de la modernidad. Todavía resisten. Aún quedan historias que contar

Canción de Haisaoji o la ballena Ese Ejja

A Pablo Ibáñez

Estaba el río. No había hombres. Los días duraban años y los años, siglos

Siglos de saberme viva, siglos que podían acabarse en un minuto

No me importaba el tiempo, ni me importa

El río trae mucha o poco agua: eso sí importa

El río está lleno de pacúes y surubices, corvinas y tucunarés

El río despierta con sus candiruses y bagres, sus sábalos y sus dorados

Eso es lo que importa, no si mañana es 7 de enero de 1782 o 4 de agosto de 2433

El río, el cielo, los árboles que buscan el cielo, las estrellas, eso es para tomarlo en cuenta

Ver las estrellas desde debajo del agua es algo que no te olvidas más: eso importa

Lo demás es arena, es el oro que se lleva la corriente

Ver las estrellas desde debajo del agua es algo que todos debiesen ver, al menos una vez

He visto las estrellas desde debajo del agua

He visto los árboles murmurando entre ellos desde debajo del agua

He visto a las parabas, sus plumas brillantes como el fondo de mis ojos

He visto colibríes que danzaban enloquecidos y volaban con tal frenesí hacia arriba que hacían suspirar al sol

Deberías ver al sol desde debajo del agua, al menos una vez

He visto al sol oscurecido por los tojos y a los tojos haciendo malabares y milagros con sus picos

Desde debajo del agua, he visto a las hormigas navegando hacia el norte, un ejército de tucanderas que tenían de rehén a un alacrán

He visto a las tarántulas bañándose y a los petos pican-tes que no les gusta el agua

He visto tanto con mis ojos, he visto todo

Tigres, tapires, tucanes

Desde debajo del agua

Se ve el mundo de otra manera

Desde debajo del agua

Sigo viendo al mundo

Te sigo viendo

Te escucho

Desde debajo del agua

Todo se escucha, todo se siente

El llanto del ambaibo, el crujir de la chonta

Las canciones que canta el chuchío

Deberías escuchar al menos una vez las canciones del chuchío

Desde debajo del agua

Siento a las naranjas madurar

Las historias que el pacai le cuenta a la guayaba

Desde debajo del agua

Los escucho a todos, te escucho, te estoy escuchando

Tengo más de cien mil veranos encima o muchos más y
sigo escuchando, te sigo escuchando

Desde debajo del agua

¿Vos me escuchas desde encima del agua?

No importa dónde te encuentres

Sé que estás encima del agua

Deberías escucharme desde debajo del agua

Deberías escucharte desde debajo del agua

Escucha como cae la almendra

Cómo madura el plátano

Cómo el mapajo florece

Escucha a la selva y a la montaña

Escucha a la sombra y al arco iris

Escucha a la ceniza y al agua

Hay que escuchar al agua desde debajo del agua

Viví escuchando al agua hasta que llegaron ellos, los

Ese Ejja

Viví escuchando al agua desde debajo del agua hasta
que conocí a los hombres, a los Ese Ejja

No he dicho mi nombre. Los Ese ejja me nombraron
Haisaoji

Digamos que soy Haisaoji o la ballena Ese Ejja o cómo
quieran llamarme. Pueden ustedes llamarme Ismael... No he
dicho mi nombre, no les diré mi nombre

Mi nombre no es importante

Ver las estrellas desde debajo del agua al menos una
vez, eso sí importa

Escuchar al ambaibo llorar, que la chonta cruja, el grito
del cedro, eso es lo que debe importarte

Mi nombre, no. Ellos le pusieron nombre a todo, al
río también, al río que estaba cuando nació, al río que estaba
siempre

Bahuaja lo llamaron

Río Bahuaja. Bahuaja *cuei* —ellos le dicen *cuei* a los ríos

Nos hicimos amigos
Con los Ese Ejja nos hicimos amigos
No digo que fue fácil. Me quisieron amarrar en un sitio,
en una poza que ellos llaman Topati
Sucede que no sabían ver las estrellas desde debajo del
agua

Les enseñé a ver las estrellas y las parabas desde debajo
del agua, y nos hicimos amigos

Hay cosas que no se olvidan, les dije, y que importan
No importa el tiempo pero ver las estrellas, sí
No importa la culpa pero escuchar a la selva, sí
No importa la guerra –se mata o se muere- pero sentir a
los jaguares volando, sí importa

Si lo ves, si lo escuchas, si lo sientes, desde debajo del
agua

Se ve el mundo de otra manera

Desde debajo del agua

Sigo viendo al mundo

Te sigo viendo

Te escucho

Desde debajo del agua

Todo se escucha, todo se siente

Desde debajo del agua

Todo es distinto, todo es más bello

Desde debajo del agua

Todo es posible

Todo es de todos, carajo

Desde debajo del agua

Todo es respeto

Todo es pasión

Desde debajo del agua

Dejjocaya iñá, ya me estoy yendo, como dicen ellos

Aunque nunca me voy

Porque siempre estuve, siempre estoy, siempre estaré

Debajo del agua
Pueden ustedes llamarme Haisaoji
Soy el espíritu que no se apaga, lo que jamás morirá
Soy el fuego, la inspiración, de lo que siempre renacerá.

Post Scriptum

A veces, me confundo y creo que todo lo que hago es un *tour de force* insensato para pelear contra la tristeza del mundo. Contra la invencible tristeza del mundo que está ahí y me acosa. Pero hay días que me olvido de los hombres y las miserias que supieron revelarnos que éramos capaces de parir como especie, y me voy a vagar por los territorios más vírgenes de la República Toromona.

Allí seguirá Lars eternamente, criado por los nativos como cree don Segundino con convicción y ternura; allí regresa Fawcett a contarme su último indicio encontrado de la última ciudad perdida a develarnos; allí están los pobres peninsulares que soñaron ser bañados en oro, pues bañados en oro y conviviendo en paz con las Amazonas; allí están mis amigos, los reales y los inventados, los que compartieron el camino que nos trajo hasta aquí y los que aparecieron en fogones y ríos y se incrustaron en mi alma para no salir jamás de allí.

Buscadores, encendidos, rebeldes: mi bitácora salvaje.

A veces, me azota el mundo y su soledad infinita, y las selvas que estamos destruyendo, el clima que enloquece, se altera y golpea, la gente que asesinan en los bosques y los

que mueren sumergidos por la codicia. Pero hay noches, que miro al cielo y viendo la Cruz del Sur, imagino que Tunupa regresa y con el rayo de Viracocha limpia la maldad de ese mundo y nos concede otro.

Allí, en ese otro mundo posible, la República Toromona no tendría ningún sentido.

Nación Culebra revisitada

Nación Culebra

La selva, porque es la selva

La selva, y eso desconocido que aún perdura

El chamán que me dice: los que nos han matado, eran seres humanos como tú, o como yo. El chamán que me sangra: el genocidio lo hicieron gente, como tú, o como yo. El chamán que te alienta: dan ganas de nacionalizarse culebra

En la selva, porque es la selva; en la Amazonía, porque es la Amazonía; en Formosa porque es Formosa: nació la Nación Culebra

Si por mí fuera, lo moraría allí a Severo Sarduy. La traería de las nubes con las ratas de su pueblo a Marosa Di Giorgio. A The Naked Burroughs, *of course*. Haría una lista de invitados a amparar en la Nación Culebra

Mi amigo Jorge Cristodulakis debería estar, pero no sé dónde estará, si acaso vive, y cómo hallarlo

La familia Pasallo, de los cerros de Amaicha del Valle adentro, tan adentro que no te imaginas cómo puede ser adentro

El que me dijo que más allá de Nuevo Mundo, Chiquisaca, había un desierto e igual seguí andando porque por esos lados la habían acribillado a Tania. Pero tenía razón el montaraz: era un desierto. Tania, otra a invitar

Rodolfo y Vicky Walsh
Gabriel Restrepo, siempre

La montaña, porque es lo mismo
La montaña y ese imán como *mareación* permanente
Tanto cuarzo elevándote hacia el cielo y si sabes mirar,
entre las piedras, allí estaba: mi culebrita, gris con pintas negras, justo subiendo la entrada de mi casa

De la selva a la montaña, la Nación Culebra

Maradona es culebra. Y el último de los tuareg
El Negro Peter era un culebra total y lo sepultó un camión con su bicicleta

Tata Santiago es un santo culebra

Dos súper culebras: Túpac Amaru y Julián Apaza, la Gran Culebra Kollasuyana

En el fondo del mar, en el corazón del sol, en el átomo-liquen del cosmos

Hay muchas culebras que deben ser convocadas

Pedí a Caetano Veloso que componga el himno de la Nación Culebra

El verde Van Gogh es uno de los colores de la bandera

Artigas, desde el país de los justos, mandó un telegrama

ME ABURRO AQUÍ. SUBLEVÉMONOS. ME ADHIERO A

LA NACIÓN CULEBRA

No hay país más generoso

No hay territorio más fértil

No hay causa más noble

Desde que el chamán fundó la Nación Culebra, disminuyó el hambre de ideas entre las luciérnagas y las hormigas empezaron a leer a Kant

Jaime Sáenz, de Bolivia, otro-culebra-irredento, sugirió anexar a los límites de la NC el abismo de Andamarca, lo cual fue agradecido por unanimidad

Jim Morrison, *The King lizard*, aclaró que si retornaba desde su planeta, lo haría directo a sus playas

Una acacia africana se declaró ciudadana culebra

El chamán dicen que dijo: si pienso en esos asesinos, en los que mataron a mis hermanos, me dan ganas de *nacionalizarme culebra*. No es un delirio, señores, la Nación Culebra

Su economía es ritual: adoran a las estrellas de mar y a las estrellas de noche; posee los mayores yacimientos de pasión del mundo; exportamos los mejores deseos vueltos caracoles y *wayrurus*; se fuman plantas, danzan, escriben poemas como granos de arena, no hay televisión, ni puentes, ni carreteras, la tasa de crecimiento no existe, ni tampoco la IIRSA ni WCS: déficit y fiscal son palabras que nadie conoce

Severino Di Giovanni publicó la *Geografía de la Nación Culebra*. 412 ilustraciones y 32 mapas. Una lista interminable de ríos sin contaminación. Arroyos que cantan como Enya. Montañas que son sagradas y son respetadas como lo que son. Gente feliz: hay un censo, un destino

Javier Heraud está anotado. Vive en la Calle del Deseo esquina Amarumayu

La Nación Culebra –eso es así, eso debe ser así–, no tendría sentido sin él

La Nación Culebra no tendría razón sin todos los que la sientan así

Possuelo, *el-más-culebra-de-todos-nosotros*, me inspiró a que te escriba

Nación Culebra: escrita seas, bienaventurada seas, bienvenida y eterna

¡Eterna y bienvenida Nación Culebra!

Pablo Cingolani

Río Abajo, Zona Culebra, 14/12/10

Nota: cito “Cuando pienso en Fitzcarrald y en sus mercenarios, dijo Ino Moxo, cuando pienso que esos genocidas eran hombres me dan ganas de nacionalizarme culebra”. Tomado de Carlos Calvo: *Las tres mitades de Ino Moxo y otros brujos de la Amazonía*. Proceso Editores, Iquitos, 1981. El libro, maravilla-testimonio-llaga, me fue entregado por mi muy sensible Diez Astete, otro culebrísimo. El término “mareación” también lo tomé prestado del libro citado. Cuando digo que Sydney Possuelo me inspiró, lo digo por estas palabras. “No Brasil (...) há um ódio em relação á la selva. (...) encarar a Amazônia como selva, ter orgulho do desconhecido, saber como as pessoas vivem de forma tão simples”. Tomado de Leonencio Nossa: *Homens invisíveis*. Record, Río de Janeiro, 2007.



El autor con Oscar, el guerrero Yuqui, el Cazador americano

La Amazonía se desangra. Por las rutas abiertas a pico y pala se escurren madera, gas, petróleo y la identidad de sus pueblos originarios. Aquello que los mapas del siglo XX mostraban como un océano verde, hoy se reduce a un borrón exangüe, consecuencia de la progresiva deforestación. A fuerza de saqueos y violaciones, el último pulmón del planeta corre el riesgo de desaparecer.

Desde hace algunos años las voces de alarma se hacen oír, pero no bastan. El poder del dinero suele acallarlas de raíz. La batalla es a cielo abierto y exige sangre bien dispuesta pero también, como señala Pablo Cingolani, compromete a la escritura y se entabla en el plano simbólico, místico, mágico, poético.

Consecuente con esta múltiple cruzada, esta obra cumple en el plano sentimental lo que *Toromonas* (2008), *Amazonía Blues* (2010) y *Aislados* (2011) denunciaban en los terrenos sociales y políticos.

Obra devocional, plena de intensidad y lirismo, Nación Culebra se yergue como una plegaria urgida y vibrante, testimonio de una porción del planeta que clama no sólo por su propia supervivencia sino también –convenzámonos– por la nuestra.

Salvador Gargiulo



Foto Boliviano sobre
Medio Ambiente y Desarrollo



RAINFORREST
FOUNDATION

ISBN: 978-99954-789-8-8

